

La Ilustración Artística

BIBLIOTECA
NACIONAL
MADRID



AÑO XIII

BARCELONA 12 DE MARZO DE 1894

NÚM. 637



LA SAGRADA FAMILIA, cuadro de Andrés Groll

ADVERTENCIA

Con el presente número repartimos á los señores suscriptores de la *Biblioteca Universal* el segundo tomo de *TRADICIONES PERUANAS*, ilustrado por D. Nicanor Vázquez.

SUMARIO

Texto. — *Verdades y mentiras*, por R. Balsa de la Vega. — *El castigo*, por S. López Guijarro. — *Música romántica y música simbolista*, por F. Giner de los Ríos. — *El médico del alma*, por M. Ossorio y Bernard. — *Nuestros grabados.* — *Miscelánea.* — *Hechizo peligroso* (continuación), novela de Andrés Theuriot, traducida por Carlos Frontaura, con ilustraciones de Emilio Bayard. — *Páginas de la autobiografía de Salvini.* — Libros enviados á esta Redacción por autores ó editores.

Grabados. — *La Sagrada Familia*, cuadro de Andrés Groll. — *Un ángel más*, grupo en mármol de Alejandro Tondeur. — *Grupo de leones*, cuadro de Aristides Sartorio. — *La muerte de San José*, cuadro de Ploverini. — *Retrato de un joven*, pintado por Rafael. — *Retrato de la Fornarina*, pintado por Rafael. — *La convaleciente*, cuadro de Guillermo Augusto Roesler. — *La Anunciación*, cuadro de Pablo Hoecker. — *Camino de la iglesia*, cuadro de J. Ferrer y Calleja. — Tomás Salvini en el papel de Icilio de la tragedia *Virginia*, de Alfieri. — *Santa Inés*, grabado de León Fleuret.

VERDADES Y MENTIRAS

Los arquitectos han suscitado en el *Boletín* de la sociedad de los mismos, establecida en esta corte, una controversia que comienza á ser interesante, no por la importancia del tema, sino porque se advierte en el deseo que ha provocado aquélla, un síntoma de la decadencia inmensa alcanzada por el arte arquitectónico, especialmente en esta patria de los Herrera y Villanueva.

Realmente el motivo á discutir no puede ser más trivial. Se trata de saber si en los monumentos que se elevan á grandes hombres ó de carácter conmemorativo, la escultura debe estar supeditada á la arquitectura ó ésta á la primera. Como se ve, la duda es de lo más infantil, de lo más inocente que puede concebirse, y la contestación única posible á tal pregunta es la siguiente perogrullada: «Cuando en un monumento domine la escultura, ó sea esta arte el motivo principal, la arquitectura quedará supeditada á su hermana, y viceversa cuando el monumento sea arquitectónico (arcos de triunfo ó análogos).» He aquí terminada la controversia, si el tema ó problema que se pretende resolver no entrañase otro problema que, aun cuando no se especifica en el *Boletín de la sociedad de arquitectos*, se trasluce lo suficiente para no pasar de largo sin aludirle.

La pregunta que por medio de su órgano, en la prensa hacen los colegas del Bramante y de Viollet-Duc es en realidad una afirmación velada; y esta afirmación se reduce á recabar para el arquitecto la ingerencia absoluta de éste en toda obra de arte en la cual haya necesidad del concurso de los conocimientos técnicos propios de su profesión.

He aquí el síntoma, mejor dicho, la prueba palmaria de la decadencia de la arquitectura. Cuando el arquitecto, por razón histórica, concebía, trazaba y dirigía esos grandes monumentos, así de carácter civil como religioso, que se llaman Monasterio del Escorial, Museo del Prado, Palacio Real, etc., monumentos erigidos á cosas é ideas conceptuadas como imperecederas, no tuvo necesidad de averiguar lo que ahora pretenden averiguar nuestros arquitectos; la escultura era tan sólo ornamento de aquellas obras colosales, ni estaba en práctica elevar monumentos aislados á hombres célebres. Hoy, que además del carácter transitorio que el desarrollo vertiginoso por las ciencias físicas, las ideas de orden social, los presentimientos científicos, la evolución en todo orden de cosas, impreso á la cultura y á las necesidades modernas, las cuales se multiplican de día en día, hacen imposible la perennidad del edificio, el ingeniero vino á ocupar el puesto del arquitecto, como el hierro fundido el de la piedra.

Y de esta afirmación se desprenden varias consecuencias que son verdades positivas, innegables. La primera es la de que la arquitectura ha dejado de ser arte creadora. Iglesias, palacios, monumentos y cuantos edificios se construyen actualmente deben su estética, su traza, su carácter al arte de otros días. Hoy el arquitecto vive en un ambiente que podríamos llamar retrospectivo. Ni puede vivir en otro. Porque yo entiendo que la arquitectura participa de ciencia tanto como de arte; que no puede desprenderse el arquitecto de su personalidad artística si su obra ha de ser considerada como expresión de una de las manifestaciones de la entidad sublime. Y la primera condición del artista ha de ser la de crear, y para que el arquitecto cree es menester que el ideal humano sea uno, determinado, avasallador, perenne, inmutable;

pues de otro modo es imposible el simbolismo arquitectónico, única fórmula de expresión de esta arte. La arquitectura pudo ser la síntesis de todas aquellas sociedades en que, por virtud del dinamismo de un sentimiento, causa eficiente de su organización, todo lo dominaba, lo llenaba todo. Así, por ejemplo, la arquitectura griega, obedeciendo en su estética y en su finalidad al sentimiento informado de la teogonía helena, la cual tenía por inspiradora la idea antropomórfica, buscó su expresión con arreglo á una fórmula positiva que solamente en la estructura del cuerpo humano debía hallar. Como la arquitectura de Roma pagana hubo de prescindir de ciertas reglas que por razones estéticas y religiosas había creado Grecia, para á su vez, creando nuevas formas, responder á las necesidades políticas, al ideal político perseguido constantemente por la república primero y después por los césares.

No es menester aducir más ejemplos en apoyo de la afirmación arriba hecha. Sería repetir lo que todos sabemos de memoria, diciendo que cuando se consideraron inmutables, así las religiones, como la idea del monarca sagrado, como tantos otros conceptos y sentimientos, fueron posibles los palacios de Luxor y de Carnac, las Pirámides, los templos subterráneos de la India y las vastas y características construcciones asirias, porque respondían en su mudo simbolismo á una necesidad social. Así cuando avanzado el siglo IX la horrible pesadilla del milenario pesando sobre una parte del mundo cristiano obligaba al hombre á inclinar la frente á la tierra y á buscar refugio y un átomo de esperanza bajo las bóvedas de las iglesias, éstas eran pequeñas, de macizos muros, de fortísimos haces de columnas, chatas, como si se construyesen para resistir el cataclismo final, presintiendo quizás que Dios no destruiría su propia casa. Y siempre imperante por necesidad histórica la idea religiosa, al rebasar el año terrible, al comienzo de la duodécima centuria, cuando ya restablecida la normalidad de la vida social pudo el hombre alentar y dar expansión á las necesidades y aspiraciones propias y á las del pueblo y de la sociedad en que vivía, sin apartar por eso la vista de Dios, pero alzando los ojos á Él, la arquitectura, respondiendo á esta nueva fase, creó la aguja gótica.

* *

Y con el arte gótico puede decirse que termina el período genésico de la arquitectura. El Renacimiento vino á refrescar el caldeado ambiente donde se agitaba el arte que pugnando por asentarse la planta en la realidad, había llegado en su vertiginoso vuelo por los espacios deslumbradores é inconcretos de la exaltación mística, al desvarío que produce lo infinito, lo incomprendible. La Naturaleza, en la cual el artista griego y el romano habían aprendido á conocer los secretos de la verdad y de lo bello, volvió á ejercer su influencia, echando por tierra el simbolismo obscuro de la arquitectura, señalando de un modo claro y terminante los fines que, dentro de la realidad estética y de la cultura, son peculiares á cada rama del arte. Y entonces fué cuando la estatuaria dejó de estar supeditada á su hermana, para vivir vida propia, como la había vivido en los tiempos de Grecia y Roma, y al prestar su concurso el escultor al arquitecto, la autonomía de ambos artistas hubiera producido un conflicto si no lo hubiese evitado la omnisciencia artística de los de aquellos días.

Miguel Angel, Rafael, Leonardo de Vinci, el mismo Bramante, pintor, discípulo de fra Carnevale, fueron los arquitectos famosos del Renacimiento. Todos cuidaron de hacer patente la distinta esfera en que, así la arquitectura como la escultura, debían producir. Y por los conocimientos que aquellos artistas poseían de ambas artes pudo lograrse la armonía estética del monumento arquitectónico con la decorativa escultórica, armonía alcanzada en cuantas obras donde ambas artes hubieron de manifestarse unidas, mientras el arquitecto fué al propio tiempo escultor ó el escultor arquitecto. Bástenos recordar al eximio Berruguete.

Y aun cuando alcanzados los tiempos posteriores al Renacimiento, cuando ya la arquitectura dejara de ser arte común al escultor y al pintor, cuando ya el Bernini y los Churriguera desquiciaron con sus retorcimientos de la línea y su ornamentación, inconveniente casi siempre, las reglas todas que el sentimiento de la verdad y las leyes de la geometría habían impuesto al arte arquitectónico, el escultor trazaba sepulcros y estatuas y monumentos de este género sin el concurso del arquitecto. Que no es razón á oponer á lo que sostengo recordar la escultura ornamental del edificio churrigueresco, por cuanto sucedía á menudo que obras como la del trasaltar de la catedral toledana se deben á escultores. Ni tampoco

es argumento lo del gusto rococó de la estatuaria de aquellos días, por cuanto ese estragamiento del gusto invadiera al arte en general.

Malamente puede realizarse hoy lo que parece que desean los arquitectos; esto es, supeditar á la arquitectura la escultura. Pudo tal cosa realizarse, como dejo dicho, en aquellos tiempos de las catedrales, de los grandes edificios inspirados en un sentimiento tan sólo y por un sentimiento; en aquellos tiempos en que la arquitectura respondía estética y artísticamente y de un modo perenne á un algo tan superior y arraigado en la conciencia de las sociedades, que se creía eterno y siempre dominante; en aquellos tiempos en que la arquitectura creaba géneros y formas esenciales; pero no hoy, que los ideales y las necesidades modernas han tomado rumbos distintos; hoy, que las ciencias histórica y la filosófica quebrantaron en gran parte creencias é ideales que se tuvieron como indiscutibles; hoy, que marchamos con velocidad sin medida en busca de otro *algo* que satisfaga por un espacio de tiempo dado las aspiraciones de la humanidad.

Gran ejemplo de la mutabilidad del gusto y del sentir estético de nuestros días nos lo ofrecen todas las artes bellas. En unos cuantos lustros pasó el arte del neo-clacisismo al romanticismo, de éste al realismo y al naturalismo y ahora surge el misticismo panteísta. Recordamos las fases por que atravesó la pintura en el espacio de veinte años: fué pre-rafaelista, clásica, realista-romántica, servilista, impresionista ó efectista, decadentista, y ahora toma los rumbos del misticismo y del idealismo. Y conforme fueron sucediéndose estas evoluciones de la forma y del color, fueron sucediéndose también los motivos inspiradores. De la pintura histórica de los tiempos paganos pasó el pintor á pintar asuntos de la Edad media; con la exaltación de las ideas políticas, vino el gusto por los cuadros históricos de la Edad moderna; las guerras religiosas, las políticas, fueron por algún tiempo fuente inagotable para el artista de la paleta; seguidamente el cuadro de género vino á anular ó por lo menos á reducir en gran parte la importancia del histórico. En un principio, la sociedad de nuestros abuelos dió motivo al pintor para sus obras; después los asuntos militares se impusieron; más tarde nosotros mismos nos vimos retratados en cafés, bailes, teatros y en nuestra vida íntima; ahora es el labriego, el minero, el trabajador, en fin, el modelo para el cuadro moderno.

Pues la escultura ha sufrido iguales metamorfosis. Del hieratismo clásico, de la actitud reposada, pasó á ser un trasunto del nervosismo social. De la quietud fué á la movilidad, de la estética á la dinámica. Adaptar esta aparente movilidad plástica y ese carácter transitorio de los afectos y motivos que inspiran la moderna estatuaria á la estática majestuosa de la línea arquitectónica y á los ideales de las sociedades en que fueron creados los distintos géneros de ese arte, he aquí lo que pretenden al presente los arquitectos que hacen la pregunta que motiva este artículo.

Porque no nos hagamos ilusiones. Entre la ciencia de construir y el arte de los que erigieron esos monumentos, los cuales á través de los siglos llegaron hasta nosotros, hay la distancia que separa al matemático del poeta. Así, pues, las construcciones modernas no son más que el resultado de cálculos integrales de peso y resistencia, de capacidad y de luz, limitados por líneas rectas de dureza y sequedad desconsoladoras. Y cuando el edificio que ha de elevarse debe reunir además de la parte científica la artística, entonces, según para lo que se destine, así el arquitecto escoge el gótico ó el Renacimiento ú otro género de los distintos creados en aquellos siglos en que la arquitectura estaba viva. ¿Se atreverá nadie á decir que hoy vive? ¿Dónde está la manifestación artística de esa arte que pruebe que no ha dejado de existir?

* *

Así como hay lenguas muertas, cuyo conocimiento es imprescindible, así también el conocimiento y dominio del arte de la arquitectura son precisos. Si los ideales modernos, si el gusto moderno, si las aspiraciones modernas son distintos en su espíritu y en su desarrollo y en sus manifestaciones á los de los tiempos paganos y á los de la Edad media, no por eso desaparecerán jamás cosas y entidades cuya perdurabilidad aseguran á una la cultura y la necesidad espiritual que siente de ellas el hombre. Las bibliotecas, los museos, los edificios donde la justicia, la administración, en fin, lo que constituye la base positiva de la vida social, han de tener su asiento, son otros tantos motivos para que el arquitecto manifieste sus conocimientos y desarrolle sus facultades ar-

tísticas. Pero ¡ay!, la mutabilidad del gusto estético, como he dicho, es tal, que no le es dado encontrar la fórmula simbólica que sintetice la sociedad de hoy. El positivismo del día como los altruismos que se derivan de ese mismo positivismo tienen un carácter tan íntimo, tan altamente humano, que solamente pueden tener representación gráfica ó plástica en la pintura, en la escultura, en la literatura; artes que al compás de los latidos del corazón y de las evoluciones del espíritu, así adquieren formas y medios de expresión, puesto que no solamente no han necesidad de tiempo y de espacio indeterminados para producir, sino que responden por completo á las necesidades espirituales presintiendo, adelantándose muchas veces á esas mismas necesidades.

La arquitectura ha quedado reducida á la condición de arte histórica. Las evoluciones de la estética moderna no encuentran la rápida y precisa manifestación que han menester en aquella arte puramente simbólica y eminentemente litúrgica. El arquitecto no es más que el depositario del legado artístico que en páginas de piedra nos hicieron razas y pueblos cuyas ideas y organismos no volverán á ser. El arquitecto tiene el rostro vuelto al pasado; no puede, por lo tanto, supeditar lo que es á lo que fué; tanto sería empeñarse en volver á la existencia al cadáver por medio de la transfusión de la sangre del animal más pletórico de vida. La escultura es el vivo, la arquitectura el muerto; no le es dado, pues, á la muerte crear, fecundar, sentir.

*
**

El arquitecto tiene que cumplir una misión que no cumple siempre por desgracia: la de interpretar fielmente las distintas expresiones que tuvo la arquitec-



Un ángel más, grupo en mármol de Alejandro Tondeur

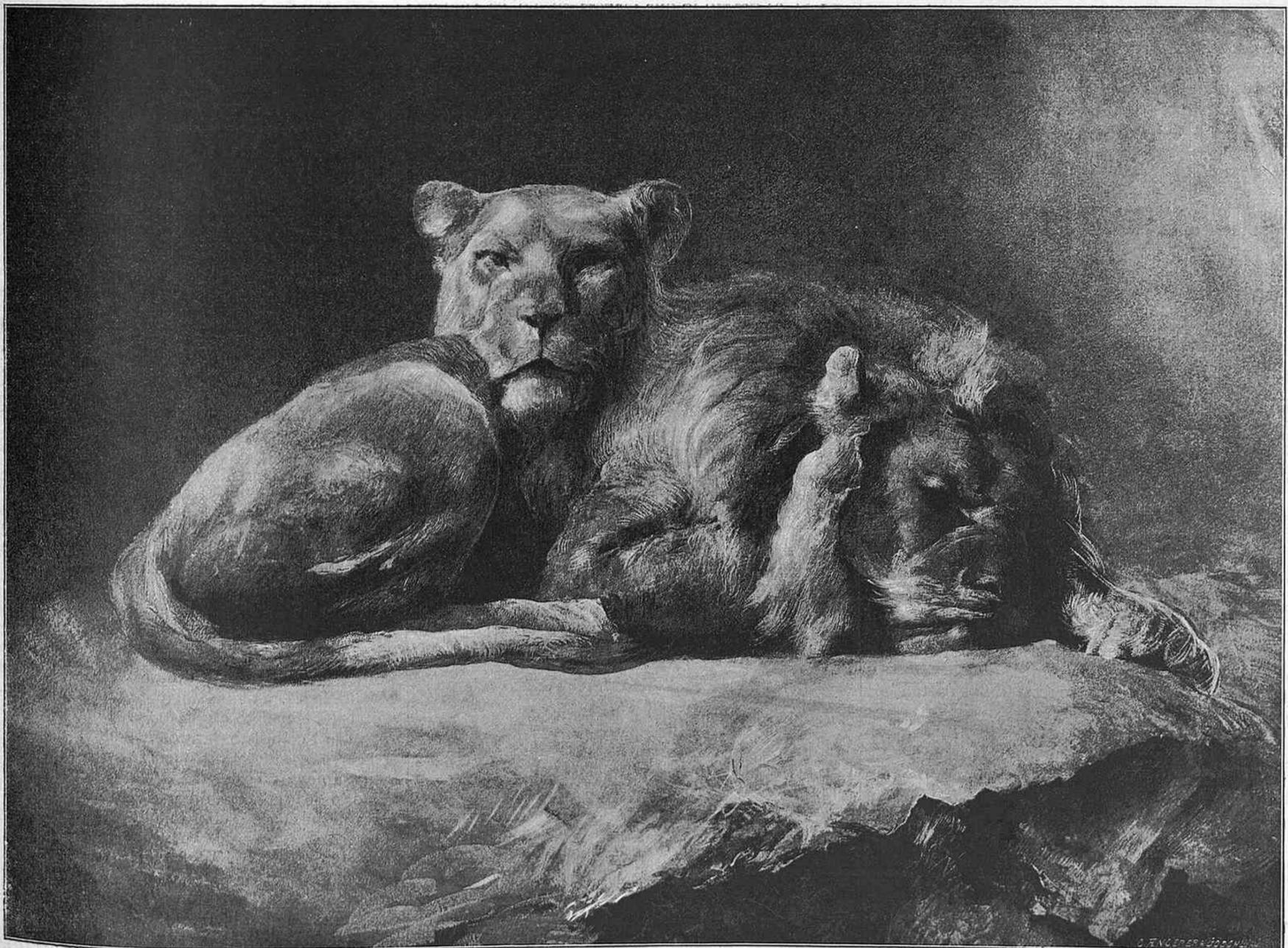
tura. El constructor moderno, el ingeniero, el que tiende puentes y viaductos, levanta estaciones ferroviarias y fábricas, ese, respondiendo científicamente á las necesidades del momento, no trabaja para su gloria. Cuanto construye está llamado á perecer en plazo breve y á no ocupar en la historia del arte ni una sola página.

R. Balsa de la Vega

EL CASTIGO

Ya sea que ciertos círculos de buen tono se reúnen principalmente para hablar de ciertos escándalos, ya sea que ciertos escándalos se dan principalmente para que de ellos se hable en ciertos círculos, la verdad es que en la tertulia de última hora de la baronesa se hablaba siempre del matrimonio Adrián, que era un gran escándalo por parte de ella, de la esposa, la magnífica, la desordenada, la tempestuosa Julia; y siempre había un observador, relativamente profundo, que resumía el debate preguntando de buena fe: «¿Pero cómo sufre Adrián á esa mujer?»

Y la pregunta era lícita y lógica, si las hay; porque, en efecto, la bella y desalmada Julia rebasaba en su insensatez los límites de la paciencia del mundo elegante, que es tan grande á este respecto. Y aquellas desdorantes historias de que era protagonista; aquellas culpables y frecuentes aventuras perpetradas con una sangre fría mesalínica; aquella viciosa fiebre que parecía hacer alarde y gala de su intensidad; aquel pisoteo de toda suerte de conveniencias; aquella hermosura, aquella riqueza, aquella elegancia, puestas sin descanso ni reparo alguno al servicio de un temperamento de cieno encendido, no podían menos de obligar á las gentes



GRUPO DE LEONES cuadro de Aristides Sartorio

á preguntarse: «¿Pero cómo hay un marido que sufre eso?»

La pregunta, sin embargo, no tenía respuesta. Eso pasaba porque sí, sin explicación, como otros muchos casos análogos, igualmente tristes y repugnantes. ¡Cuántos hombres merecedores del mayor respeto, llenos del mayor mérito, grandes inteligencias los unos, grandes caracteres los otros, pasan su vida en perpetuo ridículo ante el mundo, sin la menor sospecha de lo que les sucede! La sociedad está convencida de que no sufrirían un solo instante su desgracia si la presunieran. Pero es indudable que no la presumen; la verdad inverosímil es que no la presumen, y que muchos de esos privilegiados del talento, del valor, del saber, son unos pobres ciegos de puertas adentro. La existencia humana tiene de esos contrasentidos, cuando no tiene otros peores.

* *

Adrián no era uno de esos hombres notables; pero era algo que suele ser todavía mayor defensa contra semejantes torpes infortunios: era un corrido, un ex libertino, un ex práctico en tales abominaciones. Y llevaba, no obstante, su venda de pasión sobre los ojos como los más ingenuos y respetables, transformado de hombre de mundo en vil esclavo inconsciente por aquella bellísima loca de atar, que parecía haber atrofiado y extinguido en él, no ya todo vestigio de malignidad y de experiencia, sino hasta la posibilidad del menor recelo.

Llegó, sin embargo, el día fatal del desengaño, porque los días fatales son los que siempre llegan en la vida, los que nunca faltan á su hora justa. Falsa y todo como era la felicidad del experto Adrián, el tiempo, que á ninguna clase de felicidades perdona á la larga, llegó con su diamantina segur á cortar el hilo de aquella pérfida dicha, que se había basado y sostenido sobre una confianza absurda.

¿Cómo fué? ¿Cómo tuvo Adrián la revelación tremenda, impía, de su desgracia, de su deshonra? Pues la tuvo por un accidente vulgar y común, sin auxilio alguno del menor artificio, de la menor complicación dramática ó cómica.

Adrián tenía cincuenta años y Julia treinta escasamente, y Adrián, hombre práctico, no quería impedir que Julia se divirtiera en lo posible; pero no se prestaba á acompañarla con frecuencia en sus diversiones, sobre todo por las noches. Las reuniones, que encantaban á Julia, le aburrían á él como un lento suplicio; los teatros, que Julia adoraba, eran ya para Adrián un narcótico. Y así, en vez de irse á dormir sobre su corbata blanca en algún ángulo del salón donde ella bailaba ó en alguna banqueta del fondo del palco donde ella recibía sus visitas, prefería cederla el coche para que alguna amiga la acompañase á la función ó al sarao, yéndose él á su casino á jugar su tradicional partida de tresillo, hasta que, después del espectáculo ó de la tertulia, venía ella misma en su berlina á recogerle. Y volvían juntos á casa, y juntos tomaban una taza de te, que á él le gustaba que ella, sin quitarse las galas de su espléndida *toilette* nocturna, le preparase con sus lindas manos; y juntos se entraban luego en el dormitorio, y juntos se entregaban á esa dulce pausa de la vida que se llama sueño, llena la febril cabeza de ella con sus impuros recuerdos del día, y el cansado pensamiento de él con la vana idea de la dirección sabia que en su sentir había dado al último tercio de su existencia...

* *

Había, sin embargo, noches en que Julia no salía, bien porque no fuera su turno teatral ni hubiera recepción señalada, bien porque le tocaba á ella el recibir en su propia casa. Y entonces Adrián, que en su casa menos que en parte alguna podía soportar al mundo elegante, se iba al casino, como siempre, á esperar que ella, despedida la reunión, fuese según costumbre á buscarle; porque esta dulce costumbre era imprescindible.

Pero en una noche de estas sucedió que de los tres compañeros de la partida de Adrián faltaron dos al casino, por razones catarrales (era invierno); y después de esperarlos inútilmente durante una hora, de diez á once, Adrián, que ya no sabía hacer más que lo que hacía siempre, resolvió irse á su casa sin aguardar, como siempre lo había hecho, á la bella conductora; entrar sin ser notado, gracias á su lavín acompañante; ganar el dormitorio sin ser visto, y dormirse egoísta y blandamente al arrullo del lejano piano... «¡Qué sorpresa tendrá mi incauta y juvenil señora, se dijo, cuando al pedir el coche para ir por mí la diga su doncella que llevo dos horas de estar

en la cama y que tiene que despertarme para tomar el tel...»

Y dicho y hecho, salió del casino en un cochecillo del mismo, entró en su casa, subió á su piso, abrió la puerta y... nadie; no había nadie en el recibimiento, ni parecía haber reunión alguna. Siguió, no obstante esta primera sorpresa, firme en su propósito, dió un rodeo por el corredor hasta la pequeña puerta de escape de su cuarto de aseo, la abrió y entró silenciosamente... Y entonces oyó el infame murmullo, á dos voces, precursor de la revelación maldita. Julia y su cómplice, que departían locamente, sentados y enlazados sobre un diván del contiguo dormitorio, le vieron aparecer tras el cortinaje, sin tener tiempo ni posibilidad de atenuar el *in fraganti*. No tuvieron tiempo más que para palidecer como dos cadáveres. Bien es verdad que Adrián estaba más pálido aún que ellos.

El cómplice fué, sin embargo, el primero que se repuso un tanto, y aunque con voz entrecortada, dijo:

— Caballero, yo soy...

— ¡Qué me importa, interrumpió Adrián con inconcebible tranquilidad y también en voz baja, qué me importa quién es usted! Usted es un hombre que viene á visitar á esta miserable, que le habrá llamado. Pero como le ha llamado á esta casa, cuyo dueño soy, lo único que tengo que decir á usted es que salga de ella. Salga usted y váyase, como sin duda ha venido, sin escándalo.

— Está bien; pero yo debo ponerme á su disposición. Aquí está mi tarjeta.

— Ya he dicho que ni usted ni su nombre me importan nada. ¡Conque, fuera de aquí!.

El cómplice obedeció. Julia yacía sin sentido sobre el diván. Adrián entonces, con la misma incomprendible calma, pasó al gabinete inmediato, abrió un pequeño escritorio, tomó una hoja de papel, trazó en ella algunas líneas, volvió al dormitorio, sacó del ancho armario de luna que ocupaba uno de los testeros dos pistolas que puso sobre una mesa, buscó entre los frascos de esencia de un lavabo el que creyó más á propósito, se acercó á la desmayada y se lo hizo respirar. Julia abrió á poco los atónitos ojos, que recorrieron instantáneamente la estancia, y Adrián la dijo, sin salir de su imperturbabilidad terrible:

— Sí, es verdad lo que piensas. Sí, no ha sido un mal sueño. Sí, aquí estoy para matarte y lo voy á hacer en seguida. Vas á morir porque lo mereces, ¿verdad que lo mereces?

— Lo merezco y lo deseo, murmuró la indomable desdichada. Mátame, pues.

— Vas á morir, continuó Adrián; pero no quiero tampoco la aborrecible vida, ¿estás?, no la quiero, y voy á morir contigo... No me interrumpas, añadió al ver que Julia iba á replicarle: es inútil. Lo único que te exijo es que me jures por el Dios que va á juzgarte que harás lo que te voy á decir. ¿Lo juras?

— Habla.

— Voy á colocar una de esas pistolas junto á tu sien y tú vas á hacer lo mismo con la otra respecto á mí y vamos á hacer fuego al mismo tiempo, cuando yo te avise. ¿Lo juras?

— Sea: lo juro.

Adrián entregó á Julia el arma montada, preparó la otra y ambos cañones quedaron á cortísimo trecho de sus respectivas frentes. Inmediatamente dijo él: «¡Ahora!...» y sonó una espantosa detonación. Adrián cayó sobre la alfombra con el cráneo hecho añicos, y su pistola cayó con él, pero sin haber sido disparada.

En las líneas que Adrián había escrito momentos antes se declaraba suicida por cansancio del vivir y dejaba á Julia, por complemento, sin duda, del castigo, toda su fortuna, que sirvió para pagar la pensión de la miserable en un manicomio.

S. LÓPEZ GUIJARRO

MÚSICA ROMÁNTICA

Y MÚSICA SIMBOLISTA

Por tres grados principales ha venido pasando el arte desde el agotamiento de la reacción neo-clásica en la primera década de este siglo: el romanticismo (primitivo), el realismo, el simbolismo. Para hablar con más propiedad, estos grados no se han presentado todavía, al menos de una manera enteramente determinada, sino en la literatura poética (lírica, novela, teatro, etc.) y en la pintura. En la escultura, tal vez, podría descubrirse un movimiento semejante. Pero en la poesía y en la pintura salta á la vista de tal suerte, que su distinción, más ó menos acentuada y reducida á concepto, es hoy un verdadero lugar

común, sobre el cual se puede formar juicio sin necesidad de otros medios que aquellos de que dispone cualquier *dilettante* (como lo es el autor de estas líneas).

No ha mucho un escritor justamente reputado (1) ha sostenido, á propósito de la música, que en este arte la evolución romántica no ha comenzado hasta Wagner. Quizá las personas competentes, estudiando con detenimiento el problema, puedan confirmar este juicio, que además el autor expresa de un modo incidental, sin desenvolverlo como una doctrina meditada. Pero, á primera vista, juzgando como desde fuera, parece afirmación excesiva. La música moderna, especialmente la que pudiéramos llamar seglar ó profana, desde el Renacimiento, en que toma tan importantes proporciones, presenta un carácter de claridad, equilibrio, serenidad, desenvolvimiento normal y rítmico, que la asemejan al tono del ideal clásico, ó más bien griego (aparte, se entiende, la diferente técnica), á cuya pseudo-restauración — neo-clasicismo — acompaña; á pesar de la opinión de Hegel sobre el carácter romántico y cristiano de este arte, que sólo en otro sentido cabe afirmar. En el siglo XVIII y principios del XIX, este carácter llega á su apogeo: la música de los Glück, Bach, Händel, Haydn, como la de los Cimarosa, Paisiello, etc., puede compararse quizá con la pintura de David, Gérard y Gros, por más que acaso la sobrepuje en frescura. Culmina este ideal en Mozart; y culmina de un modo tan olímpico, que autoriza acaso la opinión de aquellos que lo reputan como el más grande maestro que hasta hoy hubo en la música.

Tomadas las cosas en conjunto, cabe prescindir de los episodios y aun constantes elementos románticos que en estos maestros se hallan fácilmente, como se prescinde de ellos en un Corneille ó un Racine; y, en este sentido, se podría dar á su música el dictado de «clásica», que con muy otra acepción se le aplica (por su superioridad universalmente consagrada), según se aplica á la de otros compositores menos afines á este ideal sereno.

Por ejemplo, ¿significa lo mismo Beethoven? Claro está que la pregunta se refiere especialmente, no al Beethoven de las 15 primeras obras, concebidas bajo el influjo de Haydn y del equilibrado Mozart, sino el Beethoven más genuino y característico, el de la sonata 14, el de la 9.ª sinfonía, el de sus últimos cuartetos, ó sea el de su segunda y tercera época. El desarrollo vioiento, tempestuoso, un tanto patológico, que pudiera decirse (sin faltar al debido respeto, ni mucho menos llegar adonde llega en sus juicios Tolstoy) del sentimiento apasionado, que recorre todos los modos pesimistas, rayando con tanta frecuencia en sombría desesperación, llevan á este inmenso genio á las regiones donde se complacen un Byron, un Leopardi, un Goethe... el Goethe — entiéndase bien — del *Werther*, no el del *Hermán y Dorothea*.

Sin llegar á estas cimas, casi inaccesibles, ¿cabe dudar del alma (y aun de la técnica) fantástica, sentimental, romántica, en suma, de un Mendelssohn ó un Weber, de un Schumann y un Schubert, de un Chopin, de un Berlioz — á quien cita ya el autor referido — y hasta de un Gounod? Antes puede afirmarse que el movimiento romántico, en la música, lejos de comenzar, casi se ha agotado en esa vulgaridad descolorida en que todos los movimientos históricos se apuran: basta citar los nocturnos de Ravina ó de Gorla.

Cierto que en Italia, de cuyos músicos fueron, á lo que parece, maestros los flamencos y alemanes, se desarrolló la música moderna con el carácter que ha conservado hasta los últimos tiempos desde Palestrina, siguiendo por los florentinos y los napolitanos y habiendo predominado siempre en sus compositores el tipo que podría llamarse neoclásico. Mas no por esto falta ese elemento romántico: ora des- envuelto en canciones y melodías, ora en los diferentes momentos de su ópera, en Bellini, Donizetti y Verdi, fundiendo en su apogeo una y otra dirección el gran Rossini en sus últimas obras, señaladamente en *Guillermo*, aunque siempre con cierta preponderancia del elemento clasicista. Que en otro sentido entran por completo dentro del estilo romántico Meyerbeer, no parece fácil de negar. En medio de sus temperamentos eclécticos en la técnica, en cuanto al modo de la concepción y el sentimiento, más bien procede quizá de Weber que de otro alguno de sus antecesores.

Vengamos ahora á Wagner. No ya sus teorías, que podrían estar en mayor ó menor discordancia con sus creaciones objetivas, sino estas mismas parece que le asignan una representación, no tanto puramente ro-

(1) El Sr. Menéndez y Pelayo, en el tomo V de su *Historia de las ideas estéticas en España*, pág. 521, nota.



LA MUERTE DE SAN JOSÉ, cuadro de Ploverini

mántica, en el riguroso sentido de la palabra, cuanto de transición entre el romanticismo y el simbolismo.

Con efecto, en la poesía (lírica, novela, drama, etcétera), el ideal propiamente romántico ha cedido y se ha descompuesto en dos direcciones divergentes: la realista ó naturalista, y la simbólica ó trascendentalista. En el poderoso y universal genio de Göthe hay ya, como de tantas otras cosas, un germen de simbolismo también: el segundo *Fausto*, los *Viajes de Guillermo Meis-ter*, parecen prueba suficiente de ello.

Sabido es que el simbolismo, con su sentido oculto de las cosas y sus afinidades universales, su contraste humorista, su culto sabio y apurado de la sensación y aquel espiritualismo místico con que parece enlazarse al actual movimiento neo-religioso, procede sin duda del romanticismo, ó más bien, es una nueva evolución, un momento del antiguo tipo romántico. Ahora bien: el drama lírico de Wagner parece corresponder en la música al simbolismo de los decadentistas. La grandiosidad de la obra de Wagner, así en la técnica como en la concepción, emoción, tendencias, ideal, en suma, grandiosidad por nadie formalmente puesta en duda, ¿viene precisamente de sus alambicamientos simbolistas, ó de otros factores más ó menos tradicionales y permanentes, como quieren (1) algunos críticos? De todas suertes, no puede negarse el parentesco entre ambos estilos.

El movimiento realista y naturalista no parece haber irradiado á la música. La naturaleza de este arte, sintético, general, unitario, parece que le veda entrar en el análisis intelectual de los elementos de una situación estética determinada, ni en la copia individual, más ó menos literal ó elegida ó interpretada, de lo concreto y sensible, sea en el mundo físico, sea en la vida social, ni siquiera en las profundidades del espíritu, siempre que para representarlas se las haya de reducir á concepto.

Lo mismo acontece á la arquitectura. Ambas reciben y expresan lo universal y su reflejo en el espíritu subjetivo, tan sólo en la forma puramente general del sentimiento: todas las determinaciones analíticas que implican una representación individual, les son extrañas; y si las aceptan es únicamente como un complemento exterior con que otras artes, la escultura, la pintura, la poesía, etc., etc., capaces ya por sí mismas de esa determinación, se la prestan fijando la situación en concreto; v. g., dando carácter religioso á un templo ó á una marcha. Pero la consonancia de esta significación con el tono de la obra, en aquellas dos artes, jamás es tan rigurosa, que no quepa infinita variedad dentro del tono general estético (grave, gracioso, triste, solemne, animado, etc.) propio de aquellas composiciones indeterminadas.

(1) D. Gabriel Rodríguez: conferencias sobre la Historia de la Música. - *Bol. de la Inst. libre de enseñanza*, t. I, pág. 20.

Si las precedentes observaciones tuviesen fundamento, el carácter romántico habría aparecido en la música mucho antes de Wagner, el cual participaría de ese carácter y del que hoy llaman simbolista; pero en manera alguna sería el Mesías del romanticismo en su arte.

F. GINER DE LOS RÍOS



Retrato de un joven, pintado por Rafael

EL MÉDICO DEL ALMA

I

Por la antigua carretera de San Sebastián á Pasajes rodaba perezosamente una carretela, al paso de dos gruesas y relucientes mulas, prueba evidente de que la persona que ocupaba el vehículo no llevaba mucha prisa, ni tenía deseos de afrontar los peligros que pudiera acarrear otro tiro de más fogosos animales. Y que el coche debía ser muy conocido en aquellos lugares lo demostraba el hecho, bastante repetido, de que algunos aldeanos que cruzaban el camino solían saludar respetuosamente, y aun decir á media voz: «¡El coche del doctor!» ó «¿Quién habrá enfermo en Pasajes?» Y, en efecto, dentro del carruaje se veía el cuerpo obeso y el rostro afeitado y sonriente del doctor Iragoitia, tan reputado en la capital como en todas sus cercanías. El buen doctor utilizaba el lento paso de las mulas para ir, sin menoscabo de la higiene, leyendo un periódico del día, del

que sólo apartaba la vista cuando llamaba su atención alguno de los accidentes del camino. Cerca ya del término de su viaje observó á un joven de sombrero de paja y á una muchacha de vestido blanco, que después de pasear juntos por la carretera se habían separado, marchando ella ligeramente hacia uno de los primeros hoteles en cuanto divisó el carruaje.

También pudo observar el doctor Iragoitia que en su apresurada marcha la joven había dejado caer una flor, que hasta entonces había adornado su pecho, y que el muchacho, acompañándolo con verdadero afán, la colocaba en un ojal de la levita, después de habérsela llevado á los labios.

- ¡Felices ellos!, murmuró el doctor. El eterno idilio de la juventud y del amor, contribuyendo al encanto de la estación primaveral; los amantes, creyendo siempre que nadie les observa, acaso porque ellos no observan á nadie. ¡Qué hermosa es la juventud!

Y por este orden hubiera seguido el bueno de Iragoitia en sus humanas reflexiones, de no haber notado que las mulas del coche se paraban junto á la verja de un hotel y que la puerta de la misma hacía sonar al abrirse la campanilla anunciando la llegada de una esperada visita.

II

Momentos después entraba el doctor en la salita de recibo del piso bajo, hasta cuya puerta había salido á recibirle D. Juan López, conocido por el indiano por haber hecho la fortuna en América, y que era el dueño del hotel.

- Doctor amigo, exclamó viéndole entrar, ¡cuánto le agradezco su amistosidad en acudir á mi llamamiento!

- El deber profesional, cuando no nuestras antiguas relaciones, me hubiera obligado á ello. Pero ¿quién es el enfermo? ¿Acaso usted?

- El enfermo es mi

pobre hijo Rafael, contestó el dueño de la casa.

- Pues ¿qué le ocurre?

- Eso, amigo doctor, nadie mejor que usted podrá decirlo. El no come, no duerme, apenas sale de casa, huye del trato de las gentes, y la profunda tristeza que le embarga le ha demacrado y hecho palidecer de un modo alarmante. En un principio atribuí á los estudios su estado y le aparté de ellos; pero ni las distracciones de la corte al principio, ni la tranquilidad del campo después le han mejorado. Por otra parte, mientras su situación no me alarmó no quise incomodar á usted arrancándole de sus muchas y apremiantes obligaciones; pero hoy es ya distinto, y creo que hacen falta grandes energías para restituírle la salud.

- ¿Qué edad tiene ya Rafaelito?

- Veinticuatro años.

- ¡Terrible edad!

- ¿Luego usted le juzga grave?

- Amigo mío, dijo el médico; por el cuadro sin-

tomatológico que me ha expuesto usted no puede diagnosticarse la enfermedad: puede ser una anemia, tisis, ictericia... Es preciso que yo le examine.

- Nada más justo, dijo el indiano; pero no sabe que le he mandado llamar, y es tan aprensivo que ha de afectarle la vista de usted.

- ¡Qué tontaría! ¿Para qué sirve entonces mi doble carácter de médico y amigo?.. He venido casualmente á Pasajes y me he convidado á almorzar con ustedes.

- ¡Magnífico!, exclamó D. Juan. Exámínele usted y cúrele de su dolencia, que me tiene tan profundamente afectado que hasta me ha hecho retrasar mi proyecto.

- Un proyecto...

- Sí: mi nuevo matrimonio.

- ¡Ah! Vuelve usted á casarse... ¿Y quién es la afortunada?

- ¿Quién ha de ser? Soledad..., la huérfana á quien adopté cuando perdí á sus padres, la que es el encanto y la alegría de mi vejez... Pero dejemos esto á un lado, ya que hoy sólo me interesa la salud de mi pobre hijo.

- Nada más justo, pues para casarse á los sesenta años, lo mismo da hacerlo á los sesenta y dos.

- Enemigo del matrimonio le veo á usted.

- No, amigo D. Juan, partidario y muy partidario de él... Sólo que para el matrimonio hace falta una condición que usted y yo hemos perdido hace años: la juventud. En fin, puesto que ese es su gusto, cásese en buen hora y que sea para bien. Ni he de dotarla yo, ni he de mantener su nueva prole..., y eso que

supongo no sería muy comprometido lo último.

La campanilla de la verja de entrada advirtió que alguien llegaba á la casa.

- El debe ser, exclamó el indiano.

Y, en efecto, momentos después entraba en la habitación Rafael, gallardo joven, aun cuando en él se notaban los estragos de la enfermedad de que su padre habíase ocupado poco antes. Al entrar se había quitado su sombrero de paja y en el ojal de la levita ostentaba una flor.

- ¡El del idilio!, murmuró entre dientes el doctor.

- Rafael, dijo el padre, te presento á mi amigo de la infancia el doctor Iragoitia, de quien tanto me has oído hablar y que viene á favorecer hoy nuestra mesa. El médico y el joven se saludaron, y este último, en contra de las previsiones del padre, exclamó:

- Mucho celebro la visita, aunque sólo sea por egoísmo, pues deseo consultar al doctor acerca de mi dolencia.

- ¿Su dolencia? ¿Pues qué le pasa?

- Yo mismo no lo sé. Frecuentemente me acometen unos vahidos extraños...

- Antes de comer, ¿no es cierto? Necesidad, pura necesidad.

- Sí..., y después de haber comido,

expresión. Médicos hay como el que nos ha pintado; pero otros muchos tienen por costumbre «hacerse cargo.» No diré yo en este momento que pueda curarle radicalmente, pero sí que sé de su enfermedad algo más de lo que él presume; le seguiré observando durante el almuerzo, y antes de regresar á San Sebastián confío en poder dejarle un completo plan curativo.

- Precisamente, dijo el indiano, me parece que Soledad acude para advertirnos que ya nos espera el comedor.

Efectivamente, una linda joven, vestida de blanco, se acercaba al grupo formado por los tres hombres.

- ¿Quién es esta encantadora niña?, preguntó el doctor.

- Pues la pobre huérfana, recogida por mí y que pronto llevará mi nombre, contestó el indiano.

El rostro de Rafael se obscureció más y más, y el médico le dijo:

- ¿Se siente usted peor ahora?

- No es nada.

- Lo digo porque pudiera ser que se anunciaba una crisis en su enfermedad. Aunque la ciencia está muy atrasada, los médicos viejos como yo tienen sobrada práctica y suelen improvisar las curaciones más difíciles.

- El almuerzo espera, dijo Soledad.

- Vamos, se apresuró á añadir el indiano.

- No, amigo D. Juan, antes necesito hacer á usted una pregunta reservada. Vayan los jóvenes al comedor y ahora les seguiremos.

III

El almuerzo fué triste. D. Juan el indiano apenas

tocó á los platos; Rafael habló de su propósito de emprender un largo viaje, sin determinado objeto, y Soledad, mirando al anciano y al joven y comparando los pesares de ambos, se encontraba asimismo pensativa y silenciosa. Solamente el doctor tuvo palabras de elogio para los manjares, estuvo expansivo y locuaz, hablando algo de su profesión y mucho de la crónica de la capital, para llegar á las noticias más recientes de bodas en proyecto y amores contrariados.

- Y, en verdad, dijo, que á pesar de mi larga experiencia aún no he hecho á Rafaelito una pregunta esencial. ¿No podrían influir en su enfermedad algunos amores?

- ¡Oh!, contestó el joven queriendo dominarse, puedo asegurar á usted que no encamina bien su examen.

- Convengamos, por lo menos, en que nada tendría esto de particular, porque el amor no se razona: se siente ó no se siente, y para él no hay condiciones

- Fenómenos de la digestión. A ver el pulso... Está bastante frecuente y febril.

- Vea usted... Hoy que me encontraba yo tan bien.

- Todo ello no es nada.

- Siento también un profundo malestar que no puedo explicarme. Me aburren los estudios y toda lectura; me cansa el ser rico; me hastía todo el mundo... Usted mismo, á quien tanto aprecio como amigo de mi padre, me enoja cuando le observo queriendo ejercer su profesión y no acertando en nada.

- Pero, Rafaelito, interrumpió el padre.

- No, no intento rebajar sus merecimientos, pero sí hacer constar que la medicina es una ciencia muy oscura. Los profesores de la misma escuchan ligeramente al enfermo; y si acaso, le proponen un medicamento para el cuerpo, cuando su dolencia radica en el alma.

El doctor se sonrió bondadosamente y dijo:

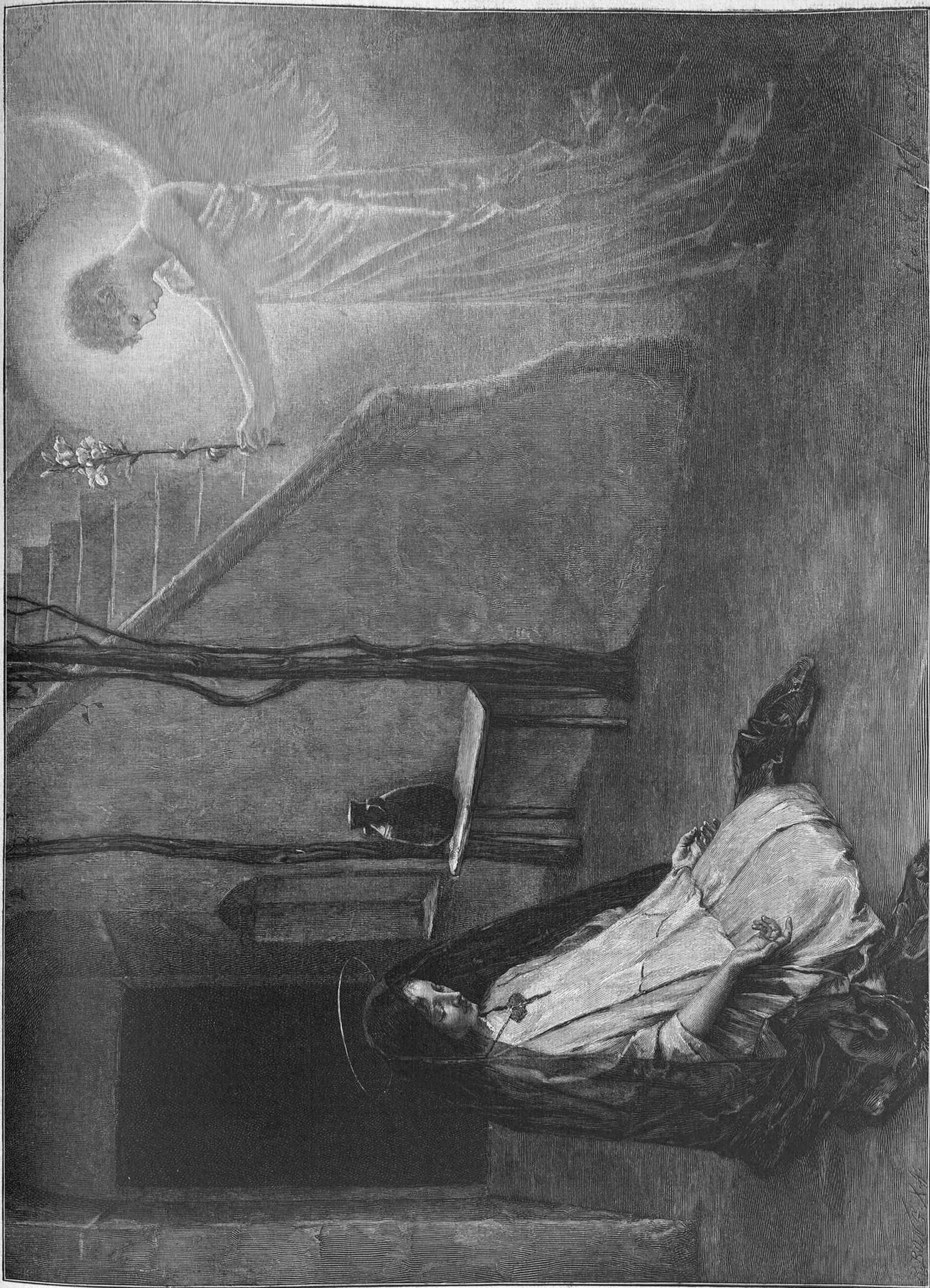
- Rafael tiene razón en parte, aunque exagere su



Retrato de la Fornarina, pintado por Rafael



LA CONVALESCENTE, cuadro de Guillermo Augusto Roesler



LA ANUNCIACIÓN, cuadro de Pablo Hoecker

ni edades. Buena prueba de ello mi amigo D. Juan, que á pesar de sus sesenta años está resuelto á buscar de nuevo la dicha en la coyunda matrimonial.

Y dirigió una mirada de inteligencia al *indiano*, como si le señalara con sus palabras la ocasión de realizar algo convenido entre ambos.

Y, en efecto, D. Juan, con entrecortadas palabras, contestó:

— No, doctor; sus argumentos me han convencido y sé ya lo que me conviene hacer. No sacrificaré á esta pobre criatura. Mi matrimonio fué un sueño; yo he despertado y renuncio á él.

— ¡Cómolo, exclamó Rafael con la mirada brillante.

— ¿Será posible?, murmuró el joven sin poder contenerse.

Después, uno y otra, arrepentidos de haber dejado hablar al corazón, bajaron los ojos, como criminales que aguardan su sentencia.

— Sí, hijos míos, prosiguió el anciano; el buen doctor, aunque algo brusco en sus frases, me ha indicado el mejor medio de curar á Rafael y de no hacer desgraciada á una pobre niña que se sacrificaba por el respeto y la gratitud.

— ¡Oh! No, señor; la voluntad de usted es la mía, dijo Soledad.

— Y yo, añadió Rafael, no puedo aceptar el sacrificio de mi padre.

— El sacrificio de D. Juan, interrumpió el doctor, tendrá su mejor premio en la felicidad de sus hijos. Al pronto le dolerá algo la herida; pero su mal es de los que se curan con toda seguridad y á plazo fijo.

El *indiano* movió la cabeza con aire de incredulidad.

— Sí, dijo el doctor implacable, aunque tampoco hay que acudir para eso á la botica en busca de medicamentos. En cuanto trueque su categoría de suegro por la de abuelo, hombre curado, alegre y dispuesto á vivir cien años más.

Rafael y Soledad, viendo la tristeza del *indiano*, habíanse levantado para abrazarle, y el doctor, queriendo poner término á aquella difícil escena, se levantó también para marcharse, diciendo á Rafael:

— Supongo que habrá usted rectificado sus opiniones sobre la medicina y los médicos. ¿Sigue pareciéndole tan obscura la ciencia?

— Tal vez sí; pero sus obscuridades se iluminan cuando el médico tiene un corazón como el de usted.

— Y buena vista, le contestó Irigoitia, para sorprender en el campo idilios que le den la clave de las enfermedades morales.

M. OSSORIO Y BERNARD

NUESTROS GRABADOS

La Sagrada Familia, cuadro de Andrés Groll. — Muchos de los pintores modernos que tratan asuntos religiosos suelen humanizar á las divinas personas que en sus cuadros figuran, con lo cual si por un lado pierden éstos en misticismo, por otro ganan en punto á naturalidad: no hemos de decir si los que así proceden responden ó no á los fines de este género de pintura; bástanos para nuestro objeto consignar el hecho, y dado que el procedimiento existe admirar las bellezas técnicas de la *Sagrada Familia*, del notable pintor alemán Andrés Groll, y la verdad con que están interpretados los rasgos físicos de la raza á que pertenecieron los Padres del Salvador.

Un ángel más, grupo en mármol de Alejandro Tondeur. — El autor de esta bellísima alegoría tan bien sentida como admirablemente ejecutada, es uno de los escultores predilectos del público de Berlín, y las reproducciones de algunas de sus obras son preciado adorno de los más aristocráticos salones de la capital de Alemania. Tondeur ha modelado, entre otras esculturas notables, cuatro hermosas estatuas que representan la Poesía, el Arte, la Ciencia y la Industria; la de Godofredo Muller, existente en el Museo Antiguo de Berlín, y la de York, que se encuentra en el Panteón de la propia ciudad, y los bustos de los emperadores Guillermo y Federico: suyas son también las estatuas de Blucher y de Bulow que figuran en el monumento de Federico Guillermo III, de Colonia.



Camino de la iglesia, cuadro de J. Ferrer y Pallejá

Grupo de leones, cuadro de Aristides Sartorio. — Sartorio figura como uno de los artistas más notables de la Italia moderna: nació en Roma, en donde ha estudiado, recibiendo lecciones de maestro tan ilustre como nuestro compatriota Villegas; y á pesar de ser joven todavía, ha conquistado gran reputación. Que ésta es merecida pruébalo bien el grupo de leones que reproducimos, en el que el rey del desierto y su compañera están pintados con una verdad y un vigor que revelan la mano de un consumado maestro.

La muerte de San José, cuadro de Ploverini. — Muchos son los pintores que en este asunto se han inspirado y en los principales museos del mundo existen no pocos cuadros de los más grandes maestros que reproducen los últimos momentos del Esposo de María. El notable pintor italiano Ploverini nos presenta en el suyo una composición bellísima, impregnada de cristiano sentimiento, cuyas tres figuras principales, perfectamente sentidas, forman un interesante grupo al que sirven de complemento los ángeles que hincados de rodillas acompañan á la Sagrada Familia en el doloroso trance y los que entre nubes entonan cánticos y se disponen á conducir al seno del Señor el alma purísima del Santo Patriarca.

Retrato de un joven. — La Fornarina, cuadros de Rafael. — ¿A qué buscar conceptos que sirvan de explicación ó crítica de estos dos cuadros? ¿A qué decir una vez más lo que en el mundo del arte significa el nombre de su autor? Cuando al pie de un lienzo hay la firma de Rafael Sanzio huelgan todas las frases encomiásticas, y la fama consagrada por larga historia es el mejor comentario que á la pintura puede ponerse.

La convaleciente, cuadro de Guillermo Augusto Rosler. — Con razón fué éste uno de los cuadros que más llamaron la atención en la Exposición internacional de Bellas Artes celebrada en Berlín el año último: el asunto es simpático, las figuras están trazadas con magistral corrección, el trozo de claustro y el lienzo que en el fondo se distingue son de severa y elegante factura, y la luz, distribuida con admirable acierto, produce bellísimos efectos de claroscuro.

La Anunciación de María, cuadro de Pablo Hoecker. — ¿Quién diría al contemplar este cuadro que su autor suele generalmente dedicarse á pintar robustos marineros y rollizas campesinas holandesas? Al abordar un género tan distinto de éste y al ejecutar tan admirablemente dentro de él una obra tan bella, tan llena de misticismo, tan ideal, como *La Anunciación de María*, ha dado Hoecker una prueba elo-

cuente de su talento artístico que se hace admirar lo mismo cuando reproduce lo que sus ojos ven que cuando traslada al lienzo las concepciones que su alma siente.

Camino de la iglesia, cuadro de J. Ferrer y Pallejá. — Inspirándose en la naturaleza y en los tipos y costumbres de nuestra región, ha trazado el autor de este cuadro, artista ventajosamente conocido en Barcelona y fuera de ella, una escena por todo extremo simpática, llena de lo que podemos llamar sabor de la tierra, grande en medio de su sencillez y tan hondamente sentida como hábilmente ejecutada. Cuantos hayan permanecido en algún lugar de nuestra montaña habrán sin duda visto más de un grupo análogo al de esas mujeres y esa niña que desde la *masía* se encaminan al vecino pueblo para cumplir el santo precepto dominical, y podrán juzgar de la verdad del cuadro de Ferrer y Pallejá, y apreciar las muchas bellezas que contiene, la poesía que todo él respira y que tan profundamente nos hace sentir esa emoción que es la aspiración suprema del arte.

Santa Inés, grabado de León Fleuret. — Varias veces hemos puesto de manifiesto el grado de perfección que en nuestros tiempos ha alcanzado el grabado en madera, que en la actualidad disputa la preeminencia á todos los demás géneros, incluso el grabado en dulce y al agua fuerte. El que hoy reproducimos del reputado grabador francés León Fleuret es un ejemplar bellísimo de xilografía por su admirable relieve, por la suavidad de líneas y por la dulzura de los tonos luminosos, merced á los cuales ha obtenido el artista hermosos efectos sin desviarse de la sobriedad que tan bien sienta en estas obras de arte.

MISCELÁNEA

Bellas Artes. — PARÍS. — Con motivo de la inauguración del magnífico palacio del eminente médico doctor Fauvel se celebró una velada artística en la que tomaron parte todas las notabilidades de los principales teatros parisienses y además la pianista española señorita Rigalt, que á pesar de contar sólo diez y siete años es hace tiempo una celebridad aplaudida en los más aristocráticos salones de París: ejecutó con gran maestría la *Rapsodia húngara*, de Liszt, y el *Vals aéreo*, de Lack, quien la felicitó calurosamente y le rogó se dignara aceptar la dedicatoria de una nueva pieza que escribirá expresamente para ella.

— El Círculo de la Unión Artística ha celebrado su exposición anual en la que sobresalen los retratos pintados por Bonnat, Carlos Durán, Lefebvre, Moret, Chartán, Gervex, Besnard, Benjamín Constant, Flameng, Courtois, Winters, Jalabert, Roybet, Machard, y los paisajes y cuadros de Bongureau, Detaille, Vayson, Agache, Bompard, Bernier, Billotte, Richemont, etc.

Teatros. — Se ha estrenado en Copenhague con gran aplauso la ópera de Augusto Enna *Cleopatra*.

— En la «Gewandhaus» salón de conciertos de Leipzig, se han tocado últimamente tres piezas orquestales compuestas por Grieg para el drama de su compatriota Bjoernson *Igurd Isarsalfar*: dichas piezas, que fueron dirigidas por su autor, son un intermezzo *El sueño de Borghild*, un preludio y una *Marcha del Homenaje*, y obtuvieron un éxito entusiasta, sobre todo la última. Esta *suite* la compuso Grieg hace bastante tiempo, pero el año pasado la modificó por completo y la instrumentó nuevamente.

— En el teatro Nacional Bohemio, de Praga, se ha cantado con éxito entusiasta la ópera de Wagner *Los maestros cantores de Nuremberga*, en idioma tcheco.

— En el teatro Libre se ha dado una representación privada de la comedia de Mauricio Barrés *Une journée parlementaire*, que la censura gubernativa ha prohibido: es una acerada crítica de algunos escándalos parlamentarios de la última legislatura francesa, y no tuvo el éxito que hacía esperar lo que de la obra anticipadamente se había dicho. Se han estrenado con buen éxito: en el Odeón, *Le Ruban*, gracioso vaudeville de Feydeau y Desvallières, y en el Chateau d' Eau, un interesante melodrama en cinco actos y siete cuadros, de Teodoro Henry, *Les bandits de Paris*.

Necrología. — Han fallecido: Felipe Fahrbach, el conocido compositor y director de orquesta vienés, autor de muchas marchas y polcas que se han hecho muy populares.

D. Laureano Calderón, eminente químico, catedrático de Química biológica en la universidad de Madrid, autor de varios importantes trabajos como el de la *resorcina*, publicado en francés, y los de cristalografía, publicados en alemán, y presidente del Congreso para el progreso de las ciencias recientemente celebrado en Pau: trabajó en París en el laboratorio de Berthelot y fué director de trabajos prácticos de cristalografía y mineralogía en la universidad de Strasburgo al lado del ilustre profesor Groth.

Dámaso Zabalza, notable pianista y compositor, profesor de la Escuela nacional de música y declamación de Madrid, autor de varias obras didácticas de gran mérito y de más de doscientas bellísimas piezas para piano.

HECHIZO PELIGROSO

NOVELA DE ANDRÉS THEURIET, TRADUCIDA POR CARLOS FRONTAURA. — ILUSTRACIONES DE EMILIO BAYARD

(CONTINUACIÓN)

— Porque no es usted libre, y no debe usted voiver embriagado á su casa.
— ¡Libre!, repitió con ira, ¿y quién es libre en este mundo? Me es imposible no amar á usted, y usted no me lo puede prohibir... Toda pasión sincera es irresistible.

— ¡Qué bellos principios!, exclamó la baronesa irónicamente. Suponga usted por un momento que alguno esté enamorado de su mujer de usted, y la hable como usted me habla ahora..., ¿le parecerá á usted bien que su señora pusiera en práctica la singular teoría de usted?

Santiago se mordía el labio. Esta nueva alusión á Teresa despertaba en él un sentimiento de rubor y le contrariaba en gran manera. Todo lo que había en él de leal y delicado sufría al oír el nombre de la honrada mujer á quien indignamente engañaba, pronunciado por la que era ocasión de su deslealtad. Esta le parecía una profanación más culpable que la traición misma. Además, pensaba con disgusto que la evocación de la pura imagen de Teresa, en medio de su galante conferencia, iba fatalmente á interrumpir la corriente amorosa establecida entre Mania y él y á obligarle á volver á empezar. Exasperábase, pues, esta inoportuna alusión, y no habiendo podido impedir que saliera de los labios de la señora Lieblich, se esforzaba, á lo menos callando, en no continuar la conversación en sentido tan peligroso.

— ¿No me responde usted?, le preguntó Mania maliciosamente; eso prueba que no tiene usted qué responderme.

Santiago hizo un gesto de impaciencia.

— En efecto, señora, replicó en tono de amargura, es usted la lógica personificada...

Se había recostado en el coche, y miraba con despecho cómo bajaban los caballos al trote la cuesta de Villafranca. Pensaba que dentro de algunos minutos llegaría el coche al pueblecillo, y que el cocherero, dócil á las órdenes de su ama, volvería hacia la ciudad. Calculaba la rapidez del regreso, deploraba la pérdida de preciosos minutos que no volverían, y al mismo tiempo que se obstinaba en su mutismo, le desconsolaba el silencio y la ocasión perdida. Hay en el hombre un fondo de candidez que le hace superior moralmente á la mujer, y que sin embargo, en las luchas de la vida de todos los días constituye un estado de inferioridad. Santiago estaba persuadido de la sinceridad de las objeciones de Mania, mientras ésta las había expuesto únicamente con el íntimo deseo de que su acompañante las refutara. Observaba de reojo al pintor y sonreía enigmáticamente. Cuando se convenció de que no saldría de su obstinado silencio, comprendió que había ido ella más allá de lo que deseaba...

— ¿Qué tiene usted?, le preguntó; ¿está usted enojado?

— ¿Yo?... De ninguna manera. Es que estoy reflexionando.

— ¿Y en qué piensa usted?

— Pienso que es usted una fría estatua y que no me ama.

— Es un descubrimiento muy galante. Para no ser menos que usted, voy á confiarle otro descubrimiento que acabo de hacer, y es que ama usted demasiado á su mujer para poder amar á otra.

— Usted sabe lo contrario, protestó el pintor; usted sabe bien que me ha hechizado.

— Sí, yo soy la hada funesta, mientras la hada del hogar está en el fondo de ese corazón, pura, impecable, religiosamente adorada.

— ¿Qué sabe usted?

— ¿Pues no lo he visto ahora mismo?... Se ha enojado usted no más que ante la idea de que pudiera su mujer aplicar por su cuenta las teorías de usted sobre la pasión irresistible.

— No es lo mismo.

— Naturalmente. Ella, la santa madona, es inviolable é inmaculada en su santuario... Pero la señora Lieblich, una extranjera algo coqueta, un poco excéntrica y separada de su marido... ¡Oh! A ésta se la puede galantear sin escrúpulos, se puede procurar comprometerla, porque, suponiendo que sucumba, ¿qué importa?... Y si la señora Lieblich, que no es necia y sabe defenderse contra sus propias debilidades, vacila entregarse á alguien que no le daría en cambio más que una mínima parte de su corazón..., entonces se la acusa de ser incapaz de toda ternura, y se la llama fría estatua...

Ella misma se interrumpió para decir al cocherero:

— Bautista, ya estamos en Villafranca. Volvamos.

El pueblecillo dormía entre las rocas; la luna blanqueaba las fachadas de las casas. El *landau* volvió lentamente, y los caballos, que habían sentido la fusta de Bautista, subieron al trote la cuesta que acababan de bajar.

— ¿Recuerda usted, prosiguió Mania, fijando sus ojos con profunda intención en los de Santiago, lo que le dije acerca de mi carácter la primera vez que hablé con usted en la villa Endymión?

— Sí, me confesó usted que tenía un corazón muy sensible... Creo que exageraba usted un poco.

— Es posible, pero añadí que soy extraordinariamente exclusiva... No he cambiado. Todo ó nada, y si cayera en la locura de amar, no admitiría más que todo... Quisiera que aquel á quien amase me perteneciera exclusivamente, en absoluto.

Y miraba al pintor como provocándole.

— ¿Y amaría usted, preguntó Santiago, ofuscado por aquella mirada, á quien la amase en esas condiciones?

El *landau* corría con rapidez por el camino llano, y Santiago con los ojos fijos en los de Mania, se sentía arrastrado hacia una incógnita llena de promesas. Había llegado á ese grado de exaltación en que no cuesta nada hacer juramentos impíos, en que el alma dominada por el deseo está dispuesta á todas las perjuros, á todas las apostasías.



Santiago saltó al interior del coche y se sentó al lado de la elegante enmascarada

— Permita usted, replicó la baronesa: he dicho que si amase exigiría que el hombre amado me perteneciera en absoluto.

— ¿Me amaría usted si le jurase olvidarlo todo por su amor?

— ¿Todo?, repitió con una sonrisa incrédula. Eso es prometer demasiado.

— ¿Qué me importa todo lo que no es usted?

— ¿No tendría usted remordimientos?

— Ninguno. Pertenecería á usted en cuerpo y alma: sería su esclavo.

Mania se echó á reír.

— ¿No me cree usted?

— Sí, pero tengo miedo de que se parezca usted á los niños. Todo lo que se quiera para que les den una golosina; y luego que la obtienen, ya no se acuerdan de su promesa.

Santiago hizo un movimiento de despecho. Aquella risa y aquel sarcasmo intempestivos le contrariaban cruelmente. La ira le oprimía la garganta y casi le hacía asomar las lágrimas á los ojos.

— ¡No, no me ama usted!..., murmuró con rabia. Si me amara usted no se expresaría así.

Mania se conmovió ante la expresión trágica de la fisonomía del pintor y comprendió que le había exasperado. La cólera y el amor le habían transfigurado. La claridad de la luna hacía palidecer más su semblante, é iluminaba su frente bajo los cabellos negros, la amargura apasionada de sus labios y el fuego de sus ojos humedecidos. Mania lo halló verdaderamente hermoso; experimentó el mismo voluptuoso estremecimiento que media hora antes cuando Santiago le había descrito su vida en el campo, y volvió á abrirse en ella el misterioso manantial de la ternura. Le miró más afectuosamente y le tendió las manos.

Santiago las cogió con arrobamiento.

— ¿De veras?, murmuró, ¿no se burla usted de mí?... ¿Me ama usted?

— ¿No lo conoce usted?... respondió Mania muy bajo.

Subyugado por la pasión, Santiago atraía á Mania, queriendo estrecharla en sus brazos...

Ella se apartó y le detuvo con la mirada.

— Tenga usted juicio, le dijo. Ya estamos en Niza y hay gente por aquí.

El *landau*, en efecto, había pasado ya de Montborón, y cruzaba á cada instante con otros que volvían del Corso.

— ¡Ya!, exclamó Santiago, y aún no he podido decir á usted todo lo que le quiero decir... ¡Separarnos ya!... ¿Cuándo y dónde volveré á ver á usted?..

— Cuando usted quiera, en mi casa... ¿No le he dicho á usted que estoy todos los días de cinco á siete?

— Sí, suspiró el pintor, á la hora á que recibe usted á todo el mundo. ¿No comprende usted, si me ama un poco, que el amor exige más intimidad? ¿No me permitirá usted que la vea á solas como hoy?

— ¡Oh!, exclamó la baronesa, para ser un nuevo convertido, es usted demasiado exigente. Antes de que tenga en usted completa confianza es preciso que usted se haga digno de ella. Además, mi salón no es tan frecuentado como usted

cree; si viene usted á las seis correrá el peligro de verse solo... conmigo. Y ahora, dígame usted en qué sitio quiere que le deje.

El coche se hallaba en el puerto. Santiago se acordó de Lechantre y del yate del barón Herder. Pensó que era imposible volver á su casa con el disfraz, y como el almacén del alquilador debía estar cerrado ya á aquellas horas, resolvió ir á buscar á su maestro para encargarle de la devolución de su dominó.

— Bajaré aquí, contestó á Mania. Tengo un amigo que está á bordo del yate del barón Herder y necesito hablar con él.

— Comprendo, dijo sonriendo la baronesa; eso creo que se llama en Francia buscar la coartada... En fin, esta noche estoy muy dispuesta á la indulgencia. ¡Good by!

— ¡Hasta muy pronto!.. Adoro á usted, baronesa, murmuró besándola la mano.

Saltó al muelle y el *landau* partió al trote.

Fácilmente descubrió el yate, y dirigiéndose á un marinero que estaba de plantón en la popa, preguntó si estaba allí todavía el Sr. Lechantre. El paisajista estaba en efecto. Santiago penetró en el interior del *roof*, se quitó el disfraz y lo entregó al marinero con una tarjeta para el maestro.

Cuando se vió en el muelle desierto, le pareció que había dejado con su disfraz un poco de la embriaguez de aquella noche. Melancólicas reflexiones turbaban su cerebro en aquel momento. De la entrevista con Mania, tan ardientemente deseada, ¿qué le quedaba? Una vaga promesa de amor. Volvía de la entrevista más enamorado que nunca, con más ardientes insuperables deseos, pero con la conciencia de haber obtenido muy poco. Si esta reflexión le entristeció y desalentó un momento, en cambio atenuó mucho sus remordimientos. Pensó en su infidelidad con más indulgencia, diciéndose que no tenía que culparse de ningún pecado mortal, y que el día siguiente podría sostener la mirada de Teresa sin turbarse. «Las once, pensó; ya estarán durmiendo en casa. Mejor que mejor. No tendré que dar esta noche ninguna explicación, ni que inventar ninguna mentira.» Sin embargo, cuando llegó al Puente Nuevo se detuvo, á fin de que pasara algún tiempo más y estar más seguro de poder entrar en su casa sin que le vieran. Asomado al parapeto pasó un cuarto de hora. La fiesta había terminado, pero aún se oía en las calles inmediatas el rumor tumultuoso de las máscaras. Bajo la blanca claridad de la luna tuvo otra vez la visión del Corso y de Mania, recostada entre las flores en el *landau*, y sintió haber sido demasiado tímido y no haber aprovechado aquellos preciosos momentos. Súbitamente echó á andar, y en un instante llegó á la esquina de la calle Carabacel. Con infinitas precauciones introdujo la llave en la cerradura, y entró en su casa, sin encender luz, á tientas. Todo parecía que dormía allí. A paso de lobo se deslizó por el corredor, abrió con muchísimo cuidado para no hacer el más leve ruido la puerta de su habitación, y quedó sorprendido, mudo de estupor, viendo á la tenue claridad de una lámpara á Teresa que, sentada junto á la chimenea, inmóvil, tenía fija en él su mirada melancólica y profunda.

XII

Hallando á su mujer levantada y esperándole, comprendió Santiago que iba á producirse una escena penosa. Sin embargo, persuadido de que los celos de Teresa eran puramente instintivos, sin otro fundamento que vagas sospechas, resolvió demostrar audacia y serenidad y responder á sus preguntas con desembarazo y con la seguridad de quien no tiene nada de que culparse.

— ¿Cómo?.. exclamo, ¿no te has acostado todavía?

Al ver entrar á su marido Teresa había tenido que hacer un grande esfuerzo para contener su indignación. Pero cuando vió rápidamente el aplomo del infiel, se dominó, prefiriendo, antes de estallar, dejarle que él mismo se cogiera en la red de sus propias mentiras. Además, no podía creer todavía en una completa doblez, y acaso esperaba de parte de Santiago, si no una expresión noble de arrepentimiento, á lo menos algunas demostraciones de rubor.

— No, contestó; estaba intranquila y no he querido acostarme hasta que volvieras. ¿Te has divertido mucho á bordo?

— Sí, he pasado bien el rato, respondió el infiel, muy contento del giro que tomaba el interrogatorio.

— ¿En qué habéis pasado el tiempo?

— Hemos jugado un whist y hemos tomado te.

— Es una distracción muy inocente. ¿Erais muchos?

— Cuatro, incluyéndome yo.

— Pensé que habríais ido al Corso... ¿No había también señoras á bordo?, preguntó irónicamente.

— ¿Qué idea? ¿Por qué me preguntas eso?

— En Carnaval no sería extraño. Además, prosiguió, acentuando sarcásticamente sus palabras y fijando su mirada en el ojal del chaquet de Santiago, la presencia de señoras á bordo me explicaría la procedencia de esas flores con que vas condecorado...

Santiago, turbado, advirtió que había olvidado ocultar las flores arrebatadas á Mania.

— ¡Ah! Estas flores... Una broma de Lechantre.

Teresa no pudo contenerse ya.

— ¡Por Dios, exclamó, no mientas más, que no sabes!

— ¿Miento yo?, preguntó con ira.

— Sí, mientes, afirmó Teresa, y por ti me avergüenzo... No has estado en el yate del barón Herder; has estado en el Corso... No has acompañado á Lechantre; has acompañado á una mujer... No, no me lo niegues; te he seguido, te he visto salir del almacén del alquilador de trajes, y te he visto montar en el *landau* de esa mujer.

Ante estas acusaciones tan explícitas, Santiago no pudo conservar su serenidad. Comprendió que toda negativa era inútil. Al mismo tiempo sucedieron rápidamente en su espíritu desagradables reflexiones. Tuvo conciencia del inevitable desastre que amenazaba la paz de su hogar, de la pena profunda de Teresa, y del pesar de su madre si llegaba á saber lo que pasaba. Y simultáneamente pensó que el descubrimiento del principio de su infidelidad le obligaría á romper toda relación con Mania Liebling, y esto acabó de trastornarle y exasperarle. Irritóse contra sí mismo, contra el espionaje de su mujer, contra la fatalidad que daba las proporciones de una falta irremediable á lo que él se empeñaba en considerar como un pecado venial. Después de todo, según su indulgente dictamen, su crimen no era tan grave; la infidelidad no se había cometido en puridad, y le parecía soberanamente injusto que se quisiera exagerar las co-

sas. Furioso de haber sido cogido *in fraganti*, no encontraba otro medio de salir del mal paso en que se hallaba que tomar á su vez la ofensiva. Teresa añadió provocándole:

— Ten el valor de confesar que esa mujer es la baronesa Liebling.

Santiago replicó resueltamente:

— Sí, es la baronesa Liebling... Ya lo sabes, puesto que te has tomado la molestia de espiarla. Si ha sido Cristina quien te ha aconsejado tan bella acción, habrá de felicitarla por su oportuna idea... Es, en efecto, la señora Liebling á quien ayer ofrecí acompañarla en su coche... El caso no es para tomarlo por lo trágico, me parece. Hemos paseado en coche cubierto en medio de miles de personas. Y todo te lo habría dicho, si desde el principio no hubieras demostrado unos celos pueriles y absurdos. Mi silencio ha obedecido solamente al deseo de evitar suspicacias que, permíteme que te lo diga, no son propias de nosotros ni del mundo en que vivimos.

Y luego, con acento de enojo, le dió á entender que habiéndose casado con un artista, debía someterse á ciertas obligaciones que impone la necesidad de adquirir relaciones. Un pintor no debía ser objeto de las prevenciones propias entre *burgueses*; y lo mismo que podría parecer una enormidad en Rocatallada, era en el gran mundo una acción inocente. Una esposa constantemente expuesta á encontrar mujeres sirviendo de modelos en el taller de su marido debía ser más tolerante y desprenderse de las mezquinas ideas de provincia. Obstinándose en exponer con creciente enojo circunstancias atenuantes de su falta, no comprendía la crueldad de su argumentación, y hubiera continuado mucho tiempo en el mismo tono y agravando su situación, si Teresa no le hubiese interrumpido impetuosamente:

— ¡Calla!, murmuró. ¿No conoces que tus disculpas me desgarran el corazón? ¿Qué diferencia entre tu lenguaje de hoy y el de aquellos días en que me pedías que fuera tu esposa!.. Entonces era yo la que me consideraba demasiado provinciana para vivir en tu mundo artista, y tú quien me repetía mil y mil veces que una mujer como yo era la mejor que podía elegir un artista!.. ¡No hace tres meses manifestabas aversión á frecuentar la sociedad y me proponías vivir en la más absoluta soledad!.. ¡Pronto has cambiado de parecer! La que te ha hecho cambiar de gustos me ha arrebatado al mismo tiempo tu corazón... ¡y aún quieres reprenderme porque estoy celosa de esa mujer!.. Y cuando me avergüenzan tus mentiras, cuando lloro nuestra felicidad destruída, nuestra intimidad rota para siempre por esa mujer... ¡no hallas otro argumento que burlarte de mi ignorancia de las cosas del gran mundo y de mis preocupaciones de provincia!.. ¡Ah! ¡Mi provincia! ¡Mi pobre y solitario hogar del Priorato! ¿Por qué no me dejaste allí?.. ¡No conocería esta horrible pena que me destroza el corazón!

Había vuelto á sentarse y lloraba silenciosamente. Viendo las lágrimas que se deslizaban entre los dedos y humedecían los brazos desnudos de Teresa, Santiago se sintió conmovido. El recuerdo de los dichosos días del Priorato, evocados dolorosamente por la amante esposa, acabó de enternecerle el corazón. Tuvo un momento lúcido, conoció su error, y súbitamente se arrojó á los pies de Teresa, le separó las manos con que ocultaba el rostro, y quiso, en testimonio de su arrepentimiento, poner sus labios sobre los ojos de la afligidísima esposa. Pero ésta, con un gesto de duda y desaliento, le rechazó.

— No, dijo, déjame... ¿No comprendes que en este momento me son odiosas tus caricias? Aún tienes en tu cuerpo el perfume de esa mujer á quien, sin duda, se las habrás prodigado esta noche...

— Teresa, protestó Santiago, te juro que te engañas. Nada de lo que supones ha sucedido... Sí, es verdad que ayer encontré á la baronesa, y en un momento de aturdimiento le prometí acompañarla hoy en su coche, y habiéndoselo prometido me pareció luego ridículo no cumplir mi palabra. He ido á la cita, y mi única falta es habértelo ocultado; pero durante éste paseo, todo se ha reducido á triviales galanterías. Confieso que no debí prestarme á los caprichos y fantasías de una mujer coqueta y un poco excéntrica, y te pido humildemente perdón... Tú sola eres la que yo quiero, y á ti sola pertenezco en cuerpo y alma.

¡Ah! En el mismo instante en que murmuraba este acto de contrición veía entre Teresa y él interponerse la imagen de Mania, como para desmentir sus protestas y juramentos. Su pensamiento invenciblemente tornaba al camino de Villafranca: no podía menos de recordar la blanca figura de la baronesa inclinándose hacia él, la seductora caricia de sus ojos, su brazo desnudo que un momento había tenido prisionero en sus manos, y comprendía que, á su pesar, esta aparición tentadora no podría desterrarla de sí en la intimidad de la vida conyugal. Teresa, por su parte, parecía tener la misma intención, porque no se dejó enternecer... Las súplicas de Santiago no tenían esa espontaneidad, ese acento de convicción que van derechos al corazón y hacen surgir el manantial de indulgente ternura. Teresa movió tristemente la cabeza.

— El mal está hecho, dijo, y todas tus protestas no pueden repararlo. Tú mismo has muerto la confianza que tenía en ti, y aunque ahora jures, siempre pensaré: «Como me ha engañado una vez, me engañará otras.» Desde el momento en que he sorprendido tus mentiras, ya no puedo creer en tu sinceridad. ¡Ah!, exclamó retorciéndose las manos, esto es todavía más doloroso que tu infidelidad; porque es horrible, horrible verse una mujer honrada en la necesidad de dudar del hombre en quien tenía puesta su fe, y sentir que cada día, que cada hora se va extinguiendo el amor...

Santiago quiso cogerle las manos...

— Teresa, ¿es posible?, ¿no me amas ya?..

— ¡Ah!, replicó la triste con desesperación, no me preguntes lo que siento en mi corazón... Sólo puedo decirte que esta es una angustia horrible, horrible... No sé lo que sucederá, no sé si tendré bastante resignación para perdonarte... Pero siento que algo ha muerto en mi corazón, algo que no revivirá ¡jamás!, ¡jamás!, repitió, ahogándola los sollozos.

Santiago la oía con el enojo de quien se ha humillado á pedir perdón y se ve rechazado. Al pronunciar Teresa aquel *jamás* tan decisivo, no pudo contener un airado movimiento de impaciencia, y viendo las flores que aún tenía en el ojal, las arrancó, las estrujó y las tiró al suelo.

— No tengas cuidado, prosiguió Teresa, interpretando con error la significación del movimiento de su marido: nadie sabrá nada de todo esto... Tengo demasiada altivez para manifestar delante de nadie mi pena... No me perdonaría que tu madre, por una imprudencia mía, dudase un solo instante de que te amo como antes, y en su presencia tú y yo debemos conducirnos de modo que la pobre no pierda sus ilusiones... Basta con que en tu familia haya una sola desgraciada. Puedes estar seguro de que salvaré las apariencias. Buenas noches.

Había encendido una bujía, y se dirigía á abrir la puerta.

— ¡Teresa!, exclamó Santiago, tendiendo la mano, no seas cruel, no me dejes así.

Una mujer más flexible ó más astuta habría comprendido en aquel momento que, mostrándose indulgente, podía reconquistar, si no todo el amor de su marido, á lo menos lo mejor del afecto conyugal; pero Teresa era digna hija de aquel país de rocas; tenía la tenacidad de aquella raza extremada en sus entusiasmos como en sus rencores. No supo aprovechar aquel minuto propicio para apoderarse otra vez por medio del perdón del corazón vacilante de su marido. Cegada por el dolor que le producía su herida, acabó de abrir la puerta, sin volver la cabeza erguida, y salió.

Santiago tuvo otro movimiento de ira. Paseó agitado por la habitación, luego se encogió de hombros y se desnudó.

— Después de todo, pensó, si he cometido una falta, también he pedido perdón... Si ella no me quiere oír ni me quiere perdonar... bueno..., ¿qué he de hacer más?..

Inconscientemente, en medio de su despecho, sentía cierta satisfacción. Su mujer, mostrándose implacable, atenuaba considerablemente sus escrúpulos. La situación era sin duda muy enojosa y difícil, pero muy clara, y le parecía que podía entregarse con menos remordimiento á la pasión desapoderada que le había inspirado Mania. Durmió mal y se levantó con una penosa opresión en el corazón. En cuanto se levantó, salió de casa y fué á buscar á su maestro Lechantre á bordo del yate.

El paisajista dormitaba todavía en su confortable camarote. Al ruido que hizo Santiago, se restregó los ojos y se incorporó.

— ¡Hola! ¿Eres tú, bribón?.. ¿Vienes á saber si tu disfraz está ya en casa del alquilador?.. Tranquilízate, ya lo han llevado á su procedencia. Mientras tú te paseabas con tu duquesa ó tu baronesa, ó lo que sea, yo también me paseaba, aunque á pie, con mi donosa Peppina... Te digo que es una alhaja de monaguillo injerto en ramillera... Tiene una franqueza, una sinceridad y un apetito... Da gusto verla comer *rabioles* y todo lo que le ofrecen... Su compañía me rejuvenece. Pero hablemos de ti: ¿como van tus asuntos?..

Santiago contó á Lechantre que Teresa le había seguido y visto montar en el coche de la baronesa.

— ¡Demonio!, exclamó Lechantre; pues te has lucido, hijo... Y ahora caigo en que Teresa debe tener muy mala opinión de mí, y no voy á atreverme á volver á tu casa.

— ¡Oh! Puede usted estar tranquilo. No demostrará que sospecha siquiera la complicidad de usted en este lance. Es demasiado altiva. Sus quejas las guarda para mí solo. Anoche hemos tenido una escena muy penosa, y estamos reñidos para siempre.

— ¡Bah! Luego haréis las paces. Desde el momento en que has liquidado con tu baronesa, debes tener tranquila completamente la conciencia, y pronto obtendrás el perdón de tu mujer. Una mujer propia no está mucho tiempo celosa de un amor muerto y enterrado. ¿Has acabado ya con la señorona de los lazos rojos?

— ¿Acabado?.., repitió Santiago. Ni por pienso.

— ¡Qué dices!, exclamó el maestro en el colmo del asombro... ¿Pues no me dijiste que para desenredarte de ese lío tenías la cita con esa mujer?

— Perdóneme usted, maestro; no dije la verdad. No tenía otra manera para obtener el auxilio de usted, y por eso...

— ¡Ah, tunante! ¿Así te has burlado de mí?.. ¿No has roto con tu baronesa?

— Todo lo contrario; estoy más enamorado y comprometido que nunca.

— ¡Tú estás loco!, dijo Lechantre, vistiéndose. Estás casado con una mujer que no mereces, que la cito yo siempre como una excepción; una mujer joven, hermosa, inteligente, ilustrada, perfecta, en fin... ¡Y la engañas con una aventurera que, por muy guapa que sea, no le llega á la suela del zapato á tu mujer!.. ¡Hombre, es el colmo de la ceguedad y del idiotismo!

— Sea como usted quiera, estoy idiota y ciegamente enamorado, repuso Santiago, y ya sabe usted que la pasión no discurre... La baronesa Liebling, que no es una aventurera como usted cree, sino una mujer de la más culta sociedad, posee un encanto extraño, único..., es todo lo contrario de Teresa, y ejerce sobre mí una seducción casi sobrenatural... He luchado mucho contra ese hechizo, pero en vano, porque en cuanto la veo, en cuanto me mira ya no soy dueño de mi voluntad...

— De modo que esa mujer es tu querida...

— No.

— Tanto peor, replicó cínicamente Lechantre; si hubiera sido tu querida, pronto se acabaría el hechizo... Te repito que te has lucido. Teresa no es mujer que se avenga á un amor por partida doble; y respecto de mí, si imaginas que voy á ayudarte, te llevas chasco, hijo mío.

— No pido á usted semejante cosa; lo único que reclamo de su amistad es que sea usted neutral. Algo más quisiera pedir á usted, añadió después de un momento de vacilación, con lo que haría usted gran favor, lo mismo á Teresa que á mí.

— ¿Qué cosa?

— Que venga usted más frecuentemente á casa, mientras mi madre y Cristina se hallen en Niza. En la situación en que nos hallamos Teresa y yo, si estamos solos frente á frente, me parece muy difícil que mi madre y mi hermana no se enteren de lo que sucede... La presencia de usted, querido maestro, su buen humor evitarán toda ocasión de que las dos sepan lo que conviene que ignoren.

— Tienes razón, respondió el maestro; es preciso que tu madre no conozca tus locuras, porque se moriría de pena. Tratándose de evitarle un grave disgusto, puedes contar conmigo... Pero todo esto nada resuelve; lo mejor sería que hicieras las paces con tu mujer y enviases á los demonios á esa baronesa... Cuando yo no vaya, ¿qué vas hacer?

— ¿Qué se yo?.., exclamó Santiago con enojo.

Lo cierto era que estaba más inquieto y aturdido que aparentaba. Entre el remordimiento de su conducta conyugal y el deseo de volver á ver á Mania, entrábase en una situación dolorosa, y sentía grave alteración en su sistema nervioso. Tenía fiebre, y experimentaba de nuevo en la región del corazón el mismo trastorno que tanto le había alarmado en París.

Lechantre había acabado de vestirse, y acompañó á Santiago á su casa. Teresa, como había prometido, estaba serena para que nadie sospechara la verdad. Solamente la palidez mate de su rostro, y el color violáceo de sus ojos revelaron á Santiago y al maestro los sufrimientos de la pobre mujer. Recibió muy amable al amigo, y no le dijo una sola frase por donde pudiera él sospechar

que no había olvidado sus mentiras del día anterior. Por el contrario, se felicitó de que hubiera venido el bueno de Lechantre. Lo mismo que su marido, contaba con el buen humor del paisajista para engañar á su suegra y á su cuñada. Lechantre, alentado por la aparente cordialidad de Teresa, se esforzó en hacer un derroche de ingenio durante el almuerzo, con grande satisfacción de la anciana. La ficticia animación del almuerzo calmó poco á poco las angustias de Santiago y le alivió momentáneamente del peso que le abrumaba. Cuando se levantó de la mesa cogió su caja de acuarela y propuso un paseo á Cimiés.

— Mientras el maestro, dijo, os enseña el anfiteatro romano y el convento, empezaré un estudio de las ruinas. Hace mucho tiempo que me he fijado en ese paisaje y quiero aprovechar el sol para pintarlo.

El día pasó sin novedad desagradable, y Santiago acompañó á su madre y á su hermana al Corso, donde vieron los fuegos artificiales y la quema del muñeco que representaba el Carnaval. El día siguiente, Lechantre, continuando la buena obra que había prometido hacer, ofreció á las tres mujeres llevarlas á Monte-Carlo y á Mentón. Santiago se excusó de tomar parte en la expedición. Su cuadro iba muy bien y quería continuarlo. Subió, en efecto, á Cimiés y trabajó hasta las cuatro; pero en el momento en que el sol comenzó á declinar, recogió su caballete y su caja, lo dejó todo al portero del convento, y tomando el primer coche que encontró se dirigió á casa de la baronesa.

El pequeño hotel ocupado por Mania está situado entre un patio y un jardín y precedido de una gradería flanqueada de rosales de enredadera. Una especie de atrio comunicaba con el salón, iluminado por una cubierta de cristales. Alrededor de este salón, cuya disposición recordaba los patios de Sevilla, había una galería con arcos, en la que se veían las puertas de las demás habitaciones bajas. En medio había una graciosa fuente con surtidor. Entre las esbeltas columnas de la galería veíanse mesitas con libros y *bibelots*, un piano de cola, divanes y sillones, jardineras y veladores con jarrones de flores.

Cuando el lacayo anunció á Santiago, Mania, que hablaba cerca del piano con Sonia Nakwaska y algunos jóvenes, se levantó, cambió un apretón de mano con el pintor y le presentó á sus amigos. Santiago había soñado las delicias de una entrevista con la baronesa, y sufrió un cruel desencanto hallando allí tanta gente que fumaba cigarrillos, tomaba te y comentaba la crónica escandalosa de Niza.

Mania, á la vez risueña é irónica, dirigía la conversación como experta mujer de mundo; excitaba el buen humor y la verbosidad de sus amigos, los hacía hablar á todos, y parecía muy divertida oyendo las maliciosas observaciones cuyo sentido no comprendía el artista. Este, contrariado en medio de aquella sociedad extraña, asombrado del desembarazo y sangre fría de la hechicera dueña de la casa, se preguntaba si había sido un sueño su paseo con ella en el coche, y si era aquella la misma mujer con quien había pasado una hora encantado á la luz de la luna. Estaba ensimismado, hablaba poco; esperando que se fueran aquellos enojosos habladores, estabábase clavado en su asiento. Al fin, como nadie parecía dispuesto á marcharse, levantóse súbitamente y se despidió. Mania le acompañó familiarmente hasta el vestíbulo.

— ¿Qué tiene usted?, le preguntó con una de aquellas miradas de hechicera; parece que está usted enojado.

— Créame encontrar á usted sola y la encuentro rodeada de parlanchines.

— Amigo mío, no puedo echar á la calle á la gente que viene á honrar mi casa; otro día será usted más afortunado. Hasta pronto, ¿verdad?

Santiago volvió entristecido á su casa. Los expedicionarios no habían vuelto todavía, y cuando volvieron, el pintor revolvía distraídamente las brasas de la chimenea.

— ¿Qué tal la acuarela?, le preguntó Lechantre. ¿Estás contento de tu trabajo?

— No mucho, respondió Santiago; encuentro dificultades de ejecución que no había previsto. Será preciso que mañana me dé usted algunos de sus siempre acertados consejos.

— Si la pintura le preocupa, pensó Teresa, será acaso porque piensa menos en esa mujer... ¿Habrá esperanza todavía?

Y se sintió menos inflexible y más inclinada á perdonar en caso de que el culpable estuviera verdaderamente arrepentido. Como para estimular esta indulgente disposición, Santiago la llevó el día siguiente á Cimiés con Lechantre y Cristina. La señora Moret, cansada de la expedición del día anterior, se quedó en casa. Almorzaron en una hostería, y Santiago trabajó tres horas en su acuarela, alentado por los consejos de su maestro. Pero cuando volvieron á casa, salió otra vez con el pretexto de acompañar á Lechantre, y no regresó hasta las siete.

Todas las tardes, al crepúsculo, salía febril dirigiéndose á la calle de la Paz. El tiempo estaba lluvioso, y con este motivo no podía ir á trabajar en su acuarela. Pasaba las primeras horas de la tarde en el salón, en compañía de su madre, que hacía *crochet*; de Cristina, que bostezaba leyendo sus devociones, y de Teresa, que al mismo tiempo que bordaba ó cosía, observaba la agitación mal disimulada de su marido. Lechantre hacía todo lo posible por amenizar las horas; pero no bien daban las cinco, Santiago manifestaba más viva inquietud. Vestíase de prisa, decía que tenía necesidad de salir á respirar un poco el aire libre, y una vez fuera de casa, corría á la de Mania, esperando siempre hallarla sola y encontrándola siempre con alguna visita importuna. Una vez era la condesa Acquasola, completamente tronada, que había ido á pedir dinero á su amiga; otra Flaminio Ossola que consultaba á la baronesa acerca de un artículo destinado á la *Gaceta de los extranjeros*, y que encantado de hallar allí al pintor, allí se estaba con la mayor calma. Santiago no podía alcanzar un cuarto de hora siquiera de soledad con la baronesa, y volvía á su casa despechado, nervioso é irritado.

— Mucho ha cambiado Santiago, observaba pérfidamente Cristina; antes tenía un carácter más agradable y más igual: ahora se irrita por todo, y siempre está de mal humor.

— En efecto, añadió la anciana, no parece sino que no le salen las cosas á medida de su deseo. Y sin embargo, nadie puede vivir mejor que él vive, ni tener una casa mejor arreglada, ni mujer más hacendosa... Teresa, ¿sabes tú qué es lo que le preocupa?

— Yo no, respondía con fingida sorpresa la esposa digna de mejor suerte...

¡Ah! Demasiado lo sabía, y después de haber creído que el traidor se curaría de su pasión, adivinaba toda la extensión y la violencia del mal. Aquellas salidas á hora fija, su mal humor cuando volvía á casa, no le dejaban ningún género de duda acerca del estado del corazón de su marido.

(Continuará)

PÁGINAS DE LA AUTOBIOGRAFÍA

DE SALVINI

(Conclusión)

El perseverante agente halló contestación para esto como para todo lo demás: hallábase dispuesto á convencerme en todos los puntos, y sabía allanar todas las dificultades; de modo que al fin obtuvo un consentimiento que, si bien casi involuntario por mi parte, legalizóse por un contrato en debida forma, obligándome yo á estar en Nueva York el 15 de noviembre de 1880 y á debutar con el *Otelo* en Filadelfia el 29 del mismo mes.

No dejaba de ser grato para mí alejarme de sitios en que continuamente evocaba recuerdos del pasado: otro cielo, otras costumbres y otro lenguaje, graves responsabilidades y una nueva empresa tan difícil como dudosa, eran cosas más que suficientes para distraerme. Sin embargo, aquello era jugar mi reputación artística á una sola carta. Los amigos que yo tengo en los Estados Unidos, al oír hablar de la confusión de lenguas, escribiéronme cartas muy propias para desalentarme; y en Italia no se creyó la cosa, por ser demasiado excéntrica. Llegué á Nueva York algo febril, pero no desanimado.

En el día en que debíamos ensayar por primera vez, todos los teatros estaban ocupados, y tuve que sacar el mejor partido de una sala de conciertos bastante grande para ponerme de acuerdo con los actores que debían secundarme. Un italiano empleado en las oficinas de un diario me sirvió de intérprete en cooperación del agente de mi empresario de Boston. Los artistas americanos dieron principio al ensayo con un aplomo y seguridad dignos de ser envidiados por nuestros actores de Italia. Llegó mi vez, y las pocas palabras que *Otelo* pronuncia en la primera escena fueron emitidas suavemente sin la menor dificultad. Cuando llegó la escena del Consejo de los Diez no pude recordar de pronto la primera línea de un párrafo, lo cual me hizo vacilar; comencé otra, mas no era aquélla, y probé una tercera sin mejor resultado; pero el intérprete me dijo que me equivocaba. Dimos principio otra vez y vi que el inglés no me servía de nada para reconocer cuál de mis discursos correspondía al que se me dirigía, no comprendiendo yo nada de éste. Extraviado y aturdido dije al intérprete que rogara en mi nombre á los actores que no hicieran aprecio de mi momentánea confusión, pues dentro de cinco minutos estaría ya preparado. Retiréme á un rincón de la sala, y ocultando la cabeza entre las manos, me dije: «he venido para esto, y es preciso llevarlo á cabo.» Después recité mentalmente todos los párrafos de mi papel, y poco después anuncié que podíamos comenzar de nuevo.

Durante el resto del ensayo hubiérase podido creer que yo comprendía el inglés y los actores americanos mi propio idioma. Ya no se cometió ningún error por una parte ni otra; no hubo siquiera la menor vacilación, y cuando terminó la escena final entre *Otelo* y *Yago*, los actores aplaudieron con la mayor alegría.

A los pocos días fuimos á Filadelfia para dar las primeras representaciones. Los amigos que me habían escrito hicieron lo posible para desalentarme; y debo confesar que cuanto más se acercaba la hora del gran experimento, mayor era mi ansiedad, arrepintiéndome de haberme embarcado en tal empresa. Gracias á mi serenidad, sin embargo, no me abandoné á la desesperación. «Bien mirado, me dije, ¿qué puede sucederme? No me matarán, y todo se reduce á coger mi equipaje y volverme á Italia, convencido de que el vino y el aceite no se mezclan.»

La primera escena se escuchó con un silencio sepulcral; pero cuando terminó la narración de las vicisitudes de *Otelo*, el público aplaudió ruidosamente. Al concluir el primer acto, mis adversarios en el arte y aquellos que no creían que podían amalgamarse los dos idiomas fueron á la escena para felicitar-me con entusiasmo.

Desde Filadelfia fuimos á trabajar á Nueva York, donde nuestros triunfos se confirmaron. Faltábame ahora obtener los sufragios de Boston, y los aseguré. Una vez en la Atenas americana, me convencí de que la ciudad posee el más refinado gusto artístico. El público de los teatros, grave y atento siempre, se fija en los detalles, y cualquiera podría creer que tan cuidadosos críticos no han hecho más que ocuparse del arte escénico durante toda su vida. Si se trata de

la representación de una obra de Shakespeare, son muy sutiles, saben muy bien cómo interpretar lógicamente un principio tradicional; y sorprende que en un país donde la industria y el comercio parecen absorber toda la inteligencia del pueblo, haya en cada ciudad ó distrito personas muy competentes para discutir las artes con autoridad. La nación americana

presentáronme al presidente, quien después de dirigirme las más corteses palabras, estrechóme la mano, siguiendo su ejemplo todos los representantes. Después me presentó cada cual un libro de memorias, solicitando mi firma autógrafa, y hube de escribir mi nombre doscientas setenta y ocho veces.

El celebrado actor Edwin Booth se hallaba por entonces en Baltimore, ciudad situada dos horas de la capital, y había oído hablar tanto de este eminente artista que fuí á dicho punto para verle. Sin que yo lo supiera habíase reservado para mí un palco, adornándole con los colores italianos, y aunque sentí mucho semejante ostentación, no pude menos de apreciar la cortesía del actor americano. Esto era predisponerme en su favor, mas confieso que no necesitaba hacer cosa alguna para granjearse mi simpatía y admiración. Aquella noche desempeñaba el papel de *Hámlet*, en el que había alcanzado gran fama. Edwin Booth es á todas luces un eminente artista, y tuve la fortuna de verle representar los papeles de *Richelieu* y de *Yago*, en todos los cuales estuvo admirable.

Fuí luego á Baltimore y por tercera vez á Nueva York, donde representé el *Otelo*, *Macbeth* y el *Gladiador*, dando las dos últimas representaciones en Filadelfia. Después de trabajar noventa y cinco veces, sentí agotadas mis fuerzas; mas estaba del todo satisfecho del resultado de mi aventurada empresa. Cuando me embarqué en el vapor que debía conducirme á Europa, escoltáronme todos los artistas de la compañía que habían cooperado en mi triunfo, varios amigos y corteses admiradores.

A fines de mayo de 1881 desembarqué en el Havre y fuí á París para descansar algún tiempo; estuve allí siete meses y luego marché á Florencia con la intención de retirarme y disfrutar de la calma que sólo se encuentra en el seno de la familia; pero hicieronme proposiciones para ir á trabajar á Egipto durante el mes de diciembre de 1881 y el de enero de 1882. Organicé una compañía italiana y el 3 de diciembre debuté en Alejandría. No me limité á representar allí mis acostumbradas tragedias, sino que también puse en escena algunos dramas y comedias, como *El Lapidario*, *Fasma*, *La Calumnia* y otras. El público de Alejandría quedó altamente satisfecho y me prodigó toda clase de atenciones. Desde Alejandría pasé al Cairo, aprovechando esta oportunidad para visitar las Pirámides, esos tremendos monumentos de gloria, reliquias de una grandeza que apenas concibe ahora nuestra imaginación.

A fines de enero hallábame otra vez en Italia, cuando me invitaron á ir á Rusia. Muy pronto reuní nuevos actores y actrices, y en febrero de 1882 me presenté en la escena del teatro María en San Petersburgo. El público ruso, particularmente en las provincias, es amable y tolerante. Dí veinte representaciones en San Petersburgo y once en Moscou, y á fines de abril volví á Florencia.

Hábame propuesto volver á los Estados Unidos para representar el *Rey Lear*, de Shakespeare, y como se conservaba allí buen recuerdo de mis trabajos anteriores, el público me recibió muy bien. Dí ciento nueve representaciones, poniendo en escena las diez y seis últimas *La muerte civil*, con el teatro siempre lleno. No quise renovar la contrata, porque se me hicieron proposiciones para ir á Roma y á Trieste, ciudades en las cuales se me favoreció tanto que el teatro era siempre pequeño para los que deseaban ir. La misma compañía fué conmigo poco después á Londres para trabajar en el teatro de Covent Garden; pero la época del año no era propicia; todo se resentía del frío y de la humedad, y el teatro no estaba bien dispuesto para la estación; de modo que nos parecía estar trabajando en una casa de hielo. Recuerdo que en la noche en que representé el *Gladiador* mis dientes castañeteaban de frío; y en cuanto al público, los caballeros tenían el cuello de sus gabanes levantado ó se tapaban con pieles, y las damas tenían la cabeza completamente cubierta con sus chales y abrigos. Hicimos mal negocio, y á las veintuna representaciones marchamos á Edimburgo, visitando otras varias ciudades de Inglaterra.

En mayo de 1884 comenzamos una serie de representaciones en Nápoles, pasando luego á Mesina, Palermo y Catania. Así terminó el año, resuelto á dedicarme exclusivamente al estudio de *Cariolano*, pareciéndome que podía interpretar bien su carácter, semejante al mío en algunas cosas, por lo menos en su arrogancia é insolentes pretensiones y en su excési-



Tomás Salvini en el papel de Icilio de la tragedia «Virginia» de Alfieri

na no cuenta más que un siglo de independencia, y sin embargo ha producido un notable número de hombres muy competentes en el arte dramático. Por otra parte, el buen gusto de ese público y su facultad para la crítica están en todo su vigor. La antigua Europa se halla más sometida á sus tradiciones, y su juicio no es siempre sincero ni desinteresado. Los americanos profesan un culto y una veneración á los que practican nuestro arte, bien sea de su nación ó extranjeros, y la conducta que observan en el teatro es digna. Recuerdo que una noche fuí á ver una representación en que debía presentarse un actor de fama. La obra no gustó, y á cada acto se veía menos gente en las localidades: solamente quedó ocupado mi palco. Aquella silenciosa demostración de hostilidad me impresionó más que si el público hubiese desaprobado tumultuosamente.

De Boston pasé á Montreal, Toronto y Nueva York. Creo que todos mis colegas dramáticos convendrán conmigo en que la vida del actor en América es muy fatigosa. Los más célebres artistas deben trabajar todas las noches excepto el domingo, y en ciertos días de la semana se han de dar dos representaciones. Admitiendo que los nervios del actor sean lo bastante elásticos para sufrir esto, los órganos vocales no se pueden dominar, y á las pocas semanas las fuerzas del artista se agotan, de modo que las últimas representaciones parecen pálidas y sin vida. Yo me libré de esta imposición, pues nunca quise trabajar sino cuatro ó cuando más cinco veces á la semana. Después de recorrer dichos puntos continué mis peregrinaciones por Albania, Buffalo, Detroit, Chicago y otras ciudades del Oeste y Sud.

El último punto que visitamos fué la ciudad de Washington, capital de los Estados Unidos. Debo decir que el público que asiste allí á los teatros es, después del de Boston, el más inteligente de toda la América del Norte para apreciar las obras. Fuí muy obsequiado; se me invitó á visitar el Capitolio, y

va suspicacia. Por desgracia no pude someter el resultado de mi estudio al público italiano, porque era preciso hacer grandes gastos; y á decir verdad lo sentí mucho, pues mis compatriotas me habían dado su juicio sobre la obra que representé por primera vez en el teatro de la Opera, de Nueva York, donde no falta cosa alguna para representar en gran escala una tragedia.

Antes de hablar de mi cuarta visita á la América del Norte, haré mención de un extraño incidente que me ocurrió en la primavera de 1885. Cierta señora me propuso trabajar en la Pequeña Rusia con actores indígenas. No conociendo yo ni una palabra del idioma, manifesté á la futura empresaria esta dificultad; pero contestóme que el italiano era más ó menos familiar en aquellas regiones, particularmente en Kharkov, donde hay una universidad, añadiendo que buscaría dos apuntes que conociesen las dos lenguas. Me dejé convencer á fuerza de argumentos, y fui á Kharkov, donde la compañía estaba reunida ya. Los actores no comprendían más idioma que el suyo, y por más que hubiese allí dos apuntes, siempre quedaba en pie la dificultad de que los rusos no conocían el italiano, ni nosotros la lengua de ellos. En los ensayos, los dos intérpretes hacían una señal convenida para llamar la atención del personaje que debía hablar, y así se arregló la cosa más ó menos bien. Los actores no tenían, al parecer, la costumbre de aprender sus papeles de memoria, pues ni aun en el último ensayo anduvieron muy seguros.

La representación pública comenzó, y el auditorio, acostumbrado ya al sistema de sus actores, no lo llevó á mal, pero causó mucha sorpresa que mientras el murmullo del apuntador acompañaba de continuo

las palabras de los rusos, cesaba en el momento de hablar yo. Observé también que allí se hace poco caso de la propiedad del traje; en cuanto al aparato escénico y á los accesorios eran de lo más pobre que darse pueda; pero el público todo lo hallaba admirable y demostraba el más exagerado entusiasmo.

En 1884 hallándome en Florencia propusieronme ir á California con mi compañía, y en mal hora acepté. Después de dar dos ó tres representaciones en San Francisco, tuve la desgracia de perder completamente la voz por efecto de las humedades y el frío, precisamente cuando todo prometía magníficas utilidades. La circunstancia de haberse cerrado el teatro por esta causa y la incertidumbre sobre si yo volvería á trabajar ó no nos hicieron perder lastimosamente el tiempo. Para colmo de desgracias, recibí de Florencia un telegrama anunciándome la muerte de mi hermano Alejandro. Desde California corrimos á Nueva York, donde se me había hecho una proposición para trabajar tres semanas con el famoso artista Edwin Booth, dando tres representaciones del *Otelo* y encargándose Booth del papel de Yago. Las ciudades elegidas fueron Nueva York, Filadelfia y Boston; y como los administradores debían alquilar el teatro por semanas, quisieron que diésemos el *Hamlet* como cuarta representación, encargándose Booth del papel principal. Acepté con el mayor gusto, lisonjeado por asociarme con tan distinguido artista, y no encuentro palabras para caracterizar aquellas doce representaciones. No me bastaría decir que fueron «extraordinarias» ni «magníficas» y las llamaré «únicas»; pues no creo que semejante combinación haya despertado jamás tanto interés en la América del Norte. Para dar una idea, bástame decir que esas re-

presentaciones produjeron 43.500 \$, ó sea 3.625 \$ cada noche por término medio. En 1889 acepté la quinta contrata para la América del Norte, adonde llegué en el mes de octubre. El *Otelo*, *Sansón*, el *Gladiador* y *La muerte civil* fueron las principales piezas que se pusieron en escena; y confieso que al cabo de ciento tres representaciones se agotaron casi por completo mis fuerzas.

No me sentía con ánimos para volver á América por sexta vez, y en su consecuencia resolví despedirme por medio de la prensa del pueblo americano. Al salir de aquella tierra hospitalaria, con los ojos fijos en la gran estatua de la Libertad, que se perdía de vista gradualmente, experimenté cierta opresión; y si mis ojos estaban secos, mi corazón lloraba.

Aquí pongo término á mi autobiografía, y para concluir me limitaré á consignar que durante mi carrera, cuanto más difícil me pareció un trabajo, mayor fué mi empeño para vencerle. No pocos de los papeles representados por mí han sido objeto de amargas críticas, y á pesar de ello, el público me aplaudió juzgando que mi interpretación era exacta. Algunos artistas, por otra parte, debieron su buen éxito á varios de mis consejos, basados en la experiencia; y también los debía á mis maestros. ¿Habré interpretado siempre con verdad las obras representadas durante mi carrera? Yo creo que no; pero al menos he procurado hacer cuanto mis facultades permitían para penetrar en el ideal de los autores, aunque no haya conseguido siempre elevarme á la altura de mi propia concepción. Jamás tuve un crítico más severo que yo mismo en lo referente al arte; y al mirar hacia atrás, mi inclinación á la censura es más poderosa que mi satisfacción.

PAPEL ANTI-ASMATICOS BARRAL
 PRESCRITOS POR LOS MÉDICOS CELEBRES
 EL PAPEL O LOS CIGARROS DE BARRAL
 disipan casi INSTANTANEAMENTE los Accesos.
 DE ASMA Y TODAS LAS SUFOCACIONES.

FUMOZE-ALBESPEYRES
 78, Faub. Saint-Denis
 PARIS
 y en todas las Farmacias.

JARABE DE DENTACION
 FACILITA LA SALUDA DE LOS DIENTES PREVIENE Ó HACE DESAPARECER
 LOS SUFRIMIENTOS y todos los ACCIDENTES de la PRIMERA DENTACION.
 EXIJASE EL SELLO OFICIAL DEL GOBIERNO FRANCÉS.
 Y LA FIRMA DELABARRE DEL D^r DELABARRE

PUREZA DEL CUTIS
 en Paris
 — LAIT ANTÉPHÉLIQUE —
LA LECHE ANTEFÉLICA
 para ó mezclada con agua, súpita
 PECAS, LENTEJAS, TEZ ASOLEADA
 GARPULLIDOS, TEZ BARROSA
 ARRUGAS PRECOCES
 EFLORESCENCIAS
 ROJECES
 y conserva el cutis limpio y sano
 24 St-Denis de

Jarabe Laroze
 DE CORTEZAS DE NARANJAS AMARGAS
 Desde hace mas de 40 años, el Jarabe Laroze se prescribe con éxito por todos los médicos para la curacion de las gastritis, gastralgias, dolores y retortijones de estómago, estreñimientos rebeldes, para facilitar la digestion y para regularizar todas las funciones del estómago y de los intestinos.

JARABE
al Bromuro de Potasio
 DE CORTEZAS DE NARANJAS AMARGAS
 Es el remedio mas eficaz para combatir las enfermedades del corazon, la epilepsia, histéria, migraña, baile de S^o Vito, insomnios, convulsiones y tos de los niños durante la denticion; en una palabra, todas las afecciones nerviosas.

Fábrica, Expediciones: J.-P. LAROZE 2, rue des Lions-St-Paul, à Paris.
 Deposito en todas las principales Boticas y Droguerías

PAPEL WLINSI
 Soberano remedio para rápida curacion de las Afecciones del pecho, Catarros, Mal de garganta, Bronquitis, Resfriados, Romadizos, de los Reumatismos, Dolores, Lumbagos, etc., 30 años del mejor éxito atestiguan la eficacia de este poderoso derivativo recomendado por los primeros médicos de Paris.

Depósito en todas las Farmacias
 PARIS, 31, Rue de Selne.

ENFERMEDADES del ESTOMAGO
Pepsina Boudault
 Aprobada por la ACADEMIA DE MEDICINA
 PREMIO DEL INSTITUTO AL D^r CORVISART, EN 1856
 Medallas en las Exposiciones internacionales de
 PARIS - LYON - VIENA - PHILADELPHIA - PARIS
 1867 1872 1873 1876 1878
 SE EMPLEA CON EL MAYOR ÉXITO EN LAS
DISPEPSIAS
GASTRITIS - GASTRALGIAS
DIGESTION LENTAS Y PENOSAS
FALTA DE APETITO
 Y OTROS DESORDENES DE LA DIGESTION
 BAJO LA FORMA DE
ELIXIR de PEPSINA BOUDAULT
VINO de PEPSINA BOUDAULT
POLVOS de PEPSINA BOUDAULT
 PARIS, Pharmacie COLLAS, 8, rue Dauphine
 y en las principales farmacias.

Las Personas que conocen las
PILDORAS de DEHAUT
 DE PARIS
 no titubean en purgarse, cuando lo necesitan. No temen el asco ni el cansancio, porque, contra lo que sucede con los demas purgantes, este no obra bien sino cuando se toma con buenos alimentos y bebidas fortificantes, cual el vino, el café, el té. Cada cual escoge, para purgarse, la hora y la comida que mas le convienen, segun sus ocupaciones. Como el causante que la purga ocasiona queda completamente anulado por el efecto de la buena alimentacion empleada, uno se decide fácilmente á volver á expusar cuantas veces sea necesario.

Pildoras y Jarabe de BLANCARD
 Solucion **BLANCARD**
Comprimidos de Exalgina
 JAQUECAS, COREA, REUMATISMOS
 DOLORS DENTARIOS, MUSCULARES, UTERINOS, NEURALGICOS.
 El mas activo, el mas inofensivo y el mas poderoso medicamento.
CONTRA EL DOLOR
 Exijase la Firma y el Sello de Garantia. - Venta al por mayor: Paris, 40, r. Bonaparte.

CARNE, HIERRO y QUINA
 El Alimento mas fortificante unido á los Tónicos mas reparadores.
VINO FERRUGINOSO AROUD
 Y CON TODOS LOS PRINCIPIOS NUTRITIVOS DE LA CARNE
CARNE, HIERRO y QUINA! Diez años de éxito continuado y las afirmaciones de todas las eminencias médicas prueban que esta asociacion de la Carne, el Hierro y la Quina constituye el reparador mas energico que se conoce para curar: la Clorosis, la Anemia, las Menstruaciones dolorosas, el Empobrecimiento y la Alteracion de la Sangre, el Raquitismo, las Afecciones escrofulosas y escorbúticas, etc. El *Vino Ferruginoso de Aroud* es, en efecto, el único que reúne todo lo que entona y fortalece los organos, regulariza, coordena y aumenta considerablemente las fuerzas ó infunde á la sangre empobrecida y descolorida: el Vigor, la Coloracion y la Energía vital.
 Por mayor, en Paris, en casa de J. FERRÉ, Farmaceutico, 102, rue Richelieu, Sucesor de AROUD.
 SE VENDE EN TODAS LAS PRINCIPALES BOTICAS
EXIJASE el nombre y la Firma AROUD

REMEDIO de ABISINIA EXIBARD
 En Polvos y Cigarrillos
 Alivia y cura CATARRO, BRONQUITIS, OPRESION
ASMA
 y toda afeccion Espasmódica de las vias respiratorias.
 25 años de éxito. Med. Oro y Plata.
 J. FERRÉ y C^{ia}, P^{os}, 102, R. Richelieu, Paris.

VERDADEROS GRANOS DE SALUD DEL D^r FRANCK
 Estreñimiento, Jaqueca, Malestar, Pesadez gástrica, Congestion, curados ó prevenidos, (Etiqueta adjunta en 4 colores)
 PARIS: Farmacia LEROY 91, rue des Petits-Champs.
 En todas las Farmacias de Espana.

JARABE ANTIFLOGÍSTICO DE BRIANT
 Farmacia, CALLE DE RIVOLI, 150, PARIS, y en todas las Farmacias
 El *JARABE DE BRIANT* recomendado desde su principio, por los profesores Laënnec, Thénard, Guersant, etc.; ha recibido la consagración del tiempo: en el año 1829 obtuvo el privilegio de invención. **VERDADERO CONFITE PECTORAL**, con base de goma y de abajoles, conviene, sobre todo á las personas delicadas, como mujeres y niños. Su gusto excelente no perjudica en modo alguno á su eficacia contra los RESFRIADOS y todas las INFLAMACIONES del PECHO y de los INTESTINOS.

LIBROS

enviados á esta Redacción

LA ADMINISTRACIÓN LOCAL, por D. Bartolomé de Vera y Casado. — En honor del Excmo. Sr. D. Francisco de Borja Queipo de Llano y Gayoso, conde de Toreno, fundó por suscripción pública el Círculo liberal de Madrid el premio llamado del Conde de Toreno, bajo el patronato de la Real Academia de Ciencias Morales y Políticas. El primero, que en público concurso se otorgó en 1891, fué adjudicado á D. Bartolomé de Vera, y esta sola circunstancia es el mejor elogio de la monografía que nos ocupa. No podemos extendernos sobre el contenido de la misma y hemos de limitarnos á enunciar los extremos de que en ella se trata: en la primera parte se reseñan con perfecto conocimiento los vicios de origen que tienen las leyes orgánicas del Municipio y sus consecuencias y los vicios de procedimientos y abusos que nacen de ellos, y en la segunda se estudian con elevado criterio los medios para remediarlos, sentando una serie de proyectos y de bases para reformar las leyes orgánico-municipales, dignos de ser meditados y muy tenidos en cuenta por los que están encargados de la gobernación del país. El trabajo del Sr. Vera es, en suma, notabilísimo por todos conceptos. Ha sido impreso en Madrid en la imprenta y litografía de los Huérfanos, calle de Juan Bravo, núm. 5.

EL MUNDO JURÍDICO. — Con este título ha empezado á publicarse en esta ciudad una notable revista teórico-práctica que comprenderá ocho secciones: legislativa, de jurisprudencia, doctrinal, de consultas, judicial, forense, bibliográfica y biográfica y varia. Los trabajos contenidos en los dos primeros



Santa Inés, grabado de León Fleuret

números hasta ahora publicados son dignos, por su bondad y variedad, de que el mejor éxito corone los esfuerzos de los fundadores de la revista. Esta se publicará quincenalmente en cuadernos de 16 páginas. Los precios de suscripción son: en Barcelona, provincias é islas adyacentes 12 pesetas al año, en los países extranjeros de la unión postal 15 y en los demás 20. La Redacción y Administración de la *Revista jurídica* están establecidas en la calle de Aviñó, número 7, 1.º, debiendo dirigirse la correspondencia á D. Ivo Abadía.

ORIGEN DE LA FAMILIA, DE LA PROPIEDAD PRIVADA Y DEL ESTADO, por Federico Engels. — Engels, heredero de Carlos Marx, jefe de los socialistas internacionales, á la vez que gran agitador y organizador del socialismo, es uno de los primeros talentos de Alemania. La obra suya, cuya traducción española ha publicado la casa editorial de *La España Moderna*, ha sido traducida al inglés, francés, italiano, rumano y dinamarqués y merece el éxito que obtiene. Engels dice que esta obra no es más que la ejecución del testamento de Carlos Marx.

Véndese al precio de 6 pesetas.

EL HERALDO DE SANTANDER ha publicado un hermoso folleto en el que se hace una descripción de la catástrofe ocurrida en aquella ciudad por la explosión del *Cabo Machichaco*: consta de 20 páginas con una portada á cinco colores y multitud de grabados que reproducen retratos y escenas relacionadas con aquel terrible suceso que tantos estragos y víctimas ocasionó. Se vende al precio de 75 céntimos de peseta.

Las casas extranjeras que deseen anunciarse en LA ILUSTRACION ARTÍSTICA diríjase para informes á los Sres. A. Lorette, Rue Caumartin, núm. 61, París.—Las casas españolas pueden hacerlo en la oficina de publicidad de los Sres. Calvet y Rialp, Paseo de Gracia, núm. 21

CARNE y QUINA
El Alimento mas reparador, unido al Tónico mas energético.

VINO AROUD con QUINA

Y CON TODOS LOS PRINCIPIOS NUTRITIVOS SOLUBLES DE LA CARNE

CARNE y QUINA son los elementos que entran en la composición de este potente reparador de las fuerzas vitales, de este fortificante por excelencia. De un gusto sumamente agradable, es soberano contra la Anemia y el Apocamiento, en las Calenturas y Convalecencias, contra las Diarreas y las Afecciones del Estomago y los Intestinos. Cuando se trata de despertar el apetito, asegurar las digestiones, reparar las fuerzas, enriquecer la sangre, entonar el organismo y precaver la anemia y las epidemias provocadas por los calores, no se conoce nada superior al *Vino de Quina de Aroud*.

Por mayor, en París, en casa de J. FERRÉ, Farmaceutico, 102, rue Richelieu, Sucesor de AROUD.
SE VENDE EN TODAS LAS PRINCIPALES BOTICAS.

EXIJASE el nombre y la firma **AROUND**

ENFERMEDADES
del
ESTOMAGO
PASTILLAS y POLVOS
PATERSON

con BISMUTHO y MAGNESIA
Recomendados contra las Afecciones del Estomago, Falta de Apetito, Digestiones laboriosas, Acidias, Vómitos, Eructos, y Cólicos; regularizan las Funciones del Estomago y de los Intestinos.

Exigir en el rotulo a firma de J. FAYARD.
Adh. DETHAN, Farmaceutico en PARIS

GARGANTA
VOZ y BOCA
PASTILLAS DE DETHAN

Recomendadas contra los Males de la Garganta, Extinciones de la Voz, Inflamaciones de la Boca, Efectos perniciosos del Mercurio, Irritación que produce el Tabaco, y especialmente á los Señores PREDICADORES, ABOGADOS, PROFESORES y CANTORES para facilitar la emisión de la voz.—PRECIO: 12 REALES.

Exigir en el rotulo a firma
Adh. DETHAN, Farmaceutico en PARIS

GRAJEAS DEMAZIÈRE
CÁSCARA SAGRADA IODURO de HIERRO y CÁSCARA
Dosadas á 0 gr. 125 de Polvo. Verdadero específico del
ESTREÑIMIENTO El mas ACTIVO de los FERRUGINOSOS
HABITUAL No produce estreñimiento.
PARIS, G. DEMAZIÈRE, 71, Aven. de Villiers.—Muestras gratis á los Médicos.
Depósito en todas las principales Farmacias.

Jarabe de Digital de **LABELONYE** contra las diversas Afecciones del Corazon, Hydropsias, Tosas nerviosas; Bronquitis, Asma, etc.
Empleado con el mejor exito

El mas eficaz de los Ferruginosos contra la Anemia, Clorosis, Empobrecimiento de la Sangre, Debilidad, etc. **GRAJEAS al Lactato de Hierro de GÉLIS & CONTÉ**
Aprobadas por la Academia de Medicina de Paris.

ERGOTINA BONJEAN HEMOSTÁTICO el mas PODEROSO que se conoce, en pocion ó en inyeccion ipodermica. Las Grajeas hacen mas fácil el labor del parto y detienen las perdidas.
Medalla de Oro de la Sa^d de F^{ia} de Paris
LABELONYE y C^{ia}, 99, Calle de Aboukir, Paris, y en todas las farmacias.

PATE ÉPILATOIRE DUSSEY destruye hasta las RAICES el VELLO del rostro de las damas (Barba, Bigote, etc.), sin ningun peligro para el cutis. 50 años de éxito, y millares de testimonios garantizan la eficacia de esta preparación. (Se vende en cajas, para la barba, y en 1/2 cajas para el bigote ligero). Para los brazos, emplee el *PILVORE DUSSEY*, 1, rue J.-J. Rousseau, Paris.

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN